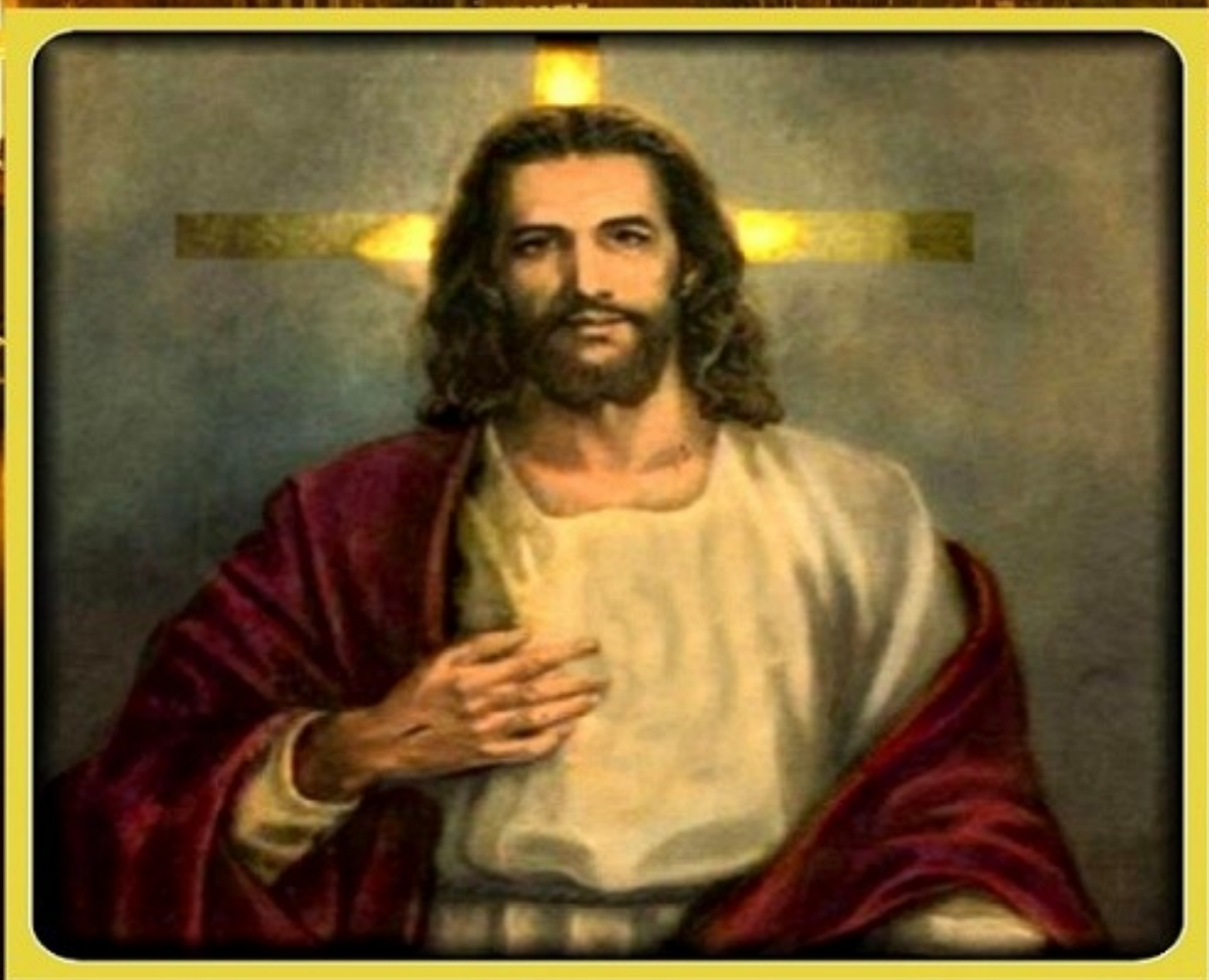


**JESUCRISTO  
EN  
NUESTRA VIDA  
Y EN  
NUESTRO ESPÍRITU**



**Raul Plus S. J.**

**JESUCRISTO  
EN  
NUESTRA VIDA  
Y EN  
NUESTRO ESPÍRITU**

POR EL P. RAÚL PLUS, S. J.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR  
D. CIPRIANO MONTSERRAT, Pbro.

BARCELONA

1943

LICENCIA DEL ORDINARIO

NIHIL OBSTAT  
EL CENSOR,  
**Dr. Gabriel Solá, Pbro.**

*Barcelona, 14 de mayo de 1943.*

IMPRÍMASE  
† **Gregorio**, Obispo de Barcelona.  
Por mandato de Su Excia. Rvma.,  
**Dr. Luis Urpi Carbonell**, Maestrescuela  
Canciller-Secretario

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	4
<b>LA PRÁCTICA CRISTIANA.....</b>	<b>5</b>
<i>El deber de estado.....</i>	6
<i>Amor a las ocupaciones molestas.....</i>	7
<i>Saber orar.....</i>	9
<i>La flaqueza de Dios.....</i>	10
<i>Amor a la oración.....</i>	12
<i>Objetivos precisos.....</i>	13
<i>El examen.....</i>	15
<i>Es menester decisión.....</i>	16
<i>Las pequeñas virtudes.....</i>	18
<i>La vida inferior (I).....</i>	19
<i>La vida interior (II).....</i>	21
<i>La vida interior (III).....</i>	22
<i>El cultivo de mi piedad (I).....</i>	24
<i>El cultivo de mi piedad (II).....</i>	25
<i>El sacerdote, a mis órdenes.....</i>	27
<i>Mi actitud en las funciones sagradas.....</i>	28
<i>Ejemplos cristianos.....</i>	30
<i>Repercusión de mis actos.....</i>	31
<i>Cumplir el precepto Pascual.....</i>	33
<i>Retiro anual.....</i>	34
<b>EL ESPÍRITU CRISTIANO.....</b>	<b>37</b>
<i>La Religión emparejada con la vida.....</i>	38
<i>Religión convencional.....</i>	39
<i>El espíritu del mundo (I).....</i>	41
<i>El espíritu del mundo (II).....</i>	42
<i>Una persona del mundo juzga al mundo.....</i>	44
<i>Seriedad y jovialidad.....</i>	45
<i>El mundo debajo de mis pies.....</i>	47
<i>Poseer mi alma.....</i>	48
<i>Ya nadie es nadie.....</i>	50
<i>Vista parcial de las cosas.....</i>	51
<i>La letra de la ley.....</i>	52
<i>El presente.....</i>	54
<i>La felicidad.....</i>	55
<i>La gloria.....</i>	57

<i>Humildad</i> .....	58
<i>Satisfecho de mí mismo \</i> .....	59
<i>Horror a lo aparatoso</i> .....	61
<i>El dinero</i> .....	62
<i>Endeblez del dinero</i> .....	64
<i>Ante el espejo</i> .....	65
<i>Comedimiento en las palabras</i> .....	66
<i>Guardar un secreto</i> .....	68
<i>Confianza en Dios</i> .....	69
<i>Dios en los acontecimientos</i> .....	71
<i>Contar con Dios</i> .....	72
<i>Ayudar a la Providencia</i> .....	74
<i>El tiempo y las desazones</i> .....	75
<i>Las manos que se tienden</i> .....	77
<i>¿Corona o yugo?</i> .....	78
<i>Sufrir a lo santo</i> .....	79
<i>¿Santo o mediocre?</i> .....	81

## INTRODUCCIÓN

*El cristiano ha de obrar como tal, con conciencia de que es un miembro del Cuerpo místico de Cristo, en todos los aspectos de su vida. Lejos de incurrir en el error de los que desdoblán la vida del cristiano, atribuyéndole actividades incompatibles, no debe perder de vista la necesidad de que todos y cada uno de sus actos estén informados por un mismo espíritu. La vida familiar y social no es sino un desdoblamiento de la vida individual; la vida pública no esfuma la privada, antes es una proyección de ésta ante los ojos de los demás, con un sentido de mayor responsabilidad y, por lo mismo, con posibilidades de un mayor mérito a los ojos de Dios.*

*Por muchos que sean tus negocios, por complejas que sean tus actividades, no puedes dispensarte de tus deberes para con Dios. Has de industriarte para hallar el modo de platicar con El, de levantar tu corazón a lo alto, de dedicar a los tuyos —familiares, amigos, al prójimo en general— el tiempo, los afectos, los servicios que reclama un elemental deber de caridad. La vida activa no es incompatible con la santidad. ¿Quién más activo que los Santos, sin excluir a los más contemplativos? ¿Quién más activo que un San Bernardo, un Santo Tomás de Aquino, una Santa Teresa de Jesús?*

*Nuestra fe ha de ser práctica. La religión no es sólo Dogma, como no es sólo Moral. Es las dos cosas a la vez. La Fe sin las obras es una Fe muerta. Se es cristiano práctico o no se es cristiano auténtico, no se es discípulo de Cristo. Sé, enhorabuena, hombre de negocios, de muchos negocios; pero no te olvides del principal: salvar tu alma mediante la práctica de lo que crees. Y esto sin respetos humanos. Intensifica la vida interior a la luz de las enseñanzas que te dispones a aprender, para que tu vida exterior sea lo que debe ser: una irradiación de Cristo.*

# *LA PRÁCTICA CRISTIANA*

## El deber de estado

Cuando se piensa en la vida de *intimidad con Dios*, se imagina uno que lo importante son ahí las oraciones, y nada más que las oraciones; ¿cómo van a poder unirnos con Dios las demás ocupaciones, siendo profanas?

Hay en esto un error.

Indudablemente, la vida espiritual depende en gran parte de la fidelidad en emplear los ratos señalados para la oración, concediéndoles la calidad del valor de súplica. Pero la parte destinada a *ejercicios devotos* es forzosamente reducida, sobre todo en una vida de seglar. Me incumbe a mí determinar lo que puedo y debo hacer en este terreno, habida cuenta de mis principales deberes, de las atracciones de la gracia y de los autorizados consejos de mi director, si soy lo suficiente avisado para tenerlo. Importa no perder de vista que el gran instrumento de mi perfección es *mi ocupación cotidiana*, de suerte que aun mis ejercicios devotos deben ser regulados a tenor de lo que dicha ocupación lealmente autorice, demande y permita.

¿Qué pensaría yo de una madre de familia que, acordándose de que cuando era soltera iba todos los días a Misa, pretendiese no cejar en lo más mínimo en esa práctica, a pesar de tener marido e hijos, y abandonase cada mañana su hogar para correr indebidamente a la iglesia? ¿Qué diría de un hombre de negocios, o de un empleado, que, so pretexto de no dejar la Comunión, llegase tarde a su despacho u oficina?

Ante todo y por encima de todo, el *deber profesional*, el deber de estado. Con él y por él, nunca sin él o contra él, me he de santificar.

Por ser mi ocupación *profana*, ¿puede parecer, por ventura, poco a propósito de suyo para santificarme? De ningún modo. Esto es considerar las cosas al revés. En realidad, es una ocupación *sagrada*; ¿no es, acaso, la manifestación de lo que Dios quiere de mí en el transcurso de mis jornadas? Si me acuerdo de ofrecer a Dios mis acciones, éstas suben a El



como una oración. Y entonces me hallo en *estado de elevación*: todo sube. Dios es glorificado por mí a cada instante.

Carlos Péguy, en el *Misterio de la Caridad de Juana de Arco*, describe admirablemente la belleza y la excelencia de la santificación por el *deber de estado*. He aquí las palabras que pone en labios de la pastorcita:

«Si estuviese en casa hilando mi peso de lana o, lo que es igual, si estuviese jugando a leñadores por ser la hora de jugar, y uno viniese corriendo a decirme: “Es la hora del Juicio, del juicio postrero; antes de media hora el ángel comenzará a tocar la trompeta...”, yo seguiría hilando mi lana, o, lo que es igual, seguiría jugando a leñadores... El juego de los niños es, en efecto, agradable a Dios... Todo cuanto se hace durante el día es agradable a Dios, con tal que, como es de suponer, se haga del modo debido. Todo es de Dios, todo mira a Dios, todo se hace a los ojos de Dios, toda la jornada es de Dios, toda la oración es de Dios, todo el trabajo es de Dios; todo el juego es, asimismo, de Dios cuando es hora de jugar»

Sea, pues, abogado, médico, industrial o comerciante, procuraré ante todo santificarme en el *ejercicio de mi profesión*, estudiando a conciencia los informes, examinando con interés a mis enfermos, tratando equitativamente a mi personal y guardando lealtad en los contratos. Si soy esposa o madre de familia, procuraré, ante todo, santificarme con las *virtudes de mi estado*, conduciéndome prudentemente en mi hogar, esmerándome en el cuidado del marido y de los hijos, no faltando a la caridad en las conversaciones y consagrándome con ardor a mis quehaceres. Los ejercicios devotos han de contribuir precisamente a la mejor observancia de todos los deberes y a conservar entre Dios y el alma —en medio del trasiego de la vida— un contacto íntimo que, de ordinario, más implícito que explícito, baste para mantener constantemente el alma en estado de *elevación*, o sea, de oración.

### **Amor a las ocupaciones molestas**

Una de tres: mi deber de estado me *agrada*: me empleo en él fácilmente y me produce bien-estar; mi ser se despliega en él de un modo placentero.

O me es *indiferente*: me entrego a él san ardor, sin entusiasmo; hay que cumplirlo; no puedo sustraerme a él; en consecuencia, ¡manos a la obra!

O lo *encuentro pesado*; no hallo en él ningún aliciente, ora porque se opone a mis aspiraciones más caras, ora porque en retorno de mi cansada y enojosa labor no me aporta las compensaciones esperadas.

Si me hallo en el primer caso, ¡Dios sea loado! Viviré en continuo hacimiento de gracias y testimoniaré de vez en cuando al Señor mi gratitud filial.

Si me encuentro en el segundo caso y, sobre todo, si me hallo en el tercero, ¿qué haré para no caer en el abatimiento?

Por lo pronto, *aguantaré*. De nada sirve el recriminar. Hay que aceptar los hechos. Por otra parte, en medio de lo más desagradable, se encuentra siempre algo que agrada. ¡A valorizar, pues, ese algo! No me contentaré con un simple estoicismo, que podría resultar una actitud puramente pagana, o con un optimismo humano más o menos ficticio. Buscaré las razones más profundas. Y eso ya no será solamente aguantar; será, más bien, *transfigurar*.

Si aparece claro que la ocupación en que me empleo ha de seguir siendo verdaderamente la única, la que no puedo ni debo cambiar, ello será la mejor prueba de que me encuentro donde Dios quiere,\* en consecuencia, deberé ver algo que está por encima de la ocupación; deberé ir hasta las manos y hasta el Corazón de Dios, que me deparó ese marco de vida, y me lo deparó por amor.

El trabajo sigue siendo lo que es: enojoso. Tal es la hipótesis. Pero viene a iluminarlo una *luz*. Me acordaré del himno al hermano Sol:

Oh Sol, sin quien las cosas  
No serían lo que son...

Me represento un rincón de paisaje insignificante: basta que lo hiera un rayo de sol para que se trueque en una maravilla. Lo mismo ocurre en lo espiritual. Si me cuidase más de hacer penetrar la luz divina en este rincón de despacho, en ese interior horrido, en aquella cuna, en aquella máquina de escribir, en aquel tablero o en aquella cocina, ¡cuán maravillosamente resplandecerían!

Aplicando estos conceptos al cuadro de *Las Espigadoras*, de Millet, nadie extrañará que se consideren desprovistas de interés aquellas mujeres inclinadas al suelo y recogiendo espigas. Está ausente de ahí toda poesía.

Hay que relacionar a las *Espigadoras* con el *Angelus*. Si para mí aparece desprovisto de poesía el gesto de inclinarse hacia la tierra que nos sustenta, se acrecienta súbitamente el significado del mismo cuando echo

de ver que aquellas mujeres se levantan, y ofrecen piadosamente a Dios su trabajo al sonar la campana de la parroquia.

Además del gozo de *agradar a Dios*, la satisfacción de saber que *ayudo al prójimo* puede alentarme singularmente. Raras veces no resulta provechoso a alguien nuestro trabajo. Yo me aprovecho del trabajo de los demás, y éstos aguardan el resultado de mi actividad. Es el lazo que más estrechamente me une con todos mis hermanos humanos. Me aisló demasiado; no pienso bastante en la Comunión de los santos, en el alcance social y colectivo de mi labor cotidiana. No importa que me produzca enojo si, por otra parte, sirve de algo, si aporta alegría a los demás. Su gozo es mi gozo. ¡Se acabó! No quiero seguir mimándome como hasta ahora.

*Aguantar, transformar*; transformar pensando en Dios y pensando en el prójimo.

Encontraré más llevadero mi trabajo.

## Saber orar

En el *Diario* del archiduque Maximiliano, el emperador de Méjico que murió fusilado, se leen estas líneas:

«Hoy ha muerto a bordo un marinero. Al sentirse morir, pidió que alguien fuera a rezar con él. El médico invitó a ello a los oficiales y a los marineros. Todos se excusaron; no se halló uno siquiera que se sintiese capaz de rezar al lado de un alma que estaba en trance de entrar en la eternidad. Entonces fui yo mismo a sentarme junto al moribundo. Pero, al par de los demás, tampoco me sentí capaz de rezar; a duras penas llegué a proferir unas palabras embrolladas, que me causaban vergüenza. Fue menester que me alargaran un devocionario. Entonces me puse de rodillas; el pobre marinero rezó conmigo, y pareció confortarse.»

El archiduque añade: «¿Cómo se explica que nosotros, hombres del día, que sabemos hacer tantas cosas, no *sepamos rezar*?»

Esta pregunta de Maximiliano está llena de significado.

Evidentemente, soy capaz, como todo el mundo, de rezar con la ayuda de un libro de oraciones escritas en negro sobre fondo blanco. Y en ciertos casos, sobre todo cuando se trata de seguir en el Misal la plegaria litúrgica, no puedo hacerlo mejor.

Pero aquí no se trata de esto. Aquí se trata de saber si, abandonado a mí mismo, soy capaz de orar por mi cuenta, de hacer una *oración personal*, una oración que sea efluvio de mi alma, mi modo propio de platicar con Dios. Las oraciones aprendidas, cuando están autenticadas por la Iglesia, pueden ser y son unas oraciones provechosas; mas lo importante es saber si, con ellas o sin ellas, soy capaz de platicar con Dios sobre los mismos temas, empleando un lenguaje propio; si soy capaz de traducir a mi manera los sentimientos de mi corazón y de abrirle los senos más íntimos de mi alma.

Maximiliano recurrió a un libro para sugerir la oración a un moribundo. ¿Qué sucede en los momentos que siguen a mi Comunión, cuando llevando mis manos a la cabeza intento orar prescindiendo de fórmulas aprendidas? ¿Qué, cuando me aventuro a iniciar una meditación? ¿No me siento torpe a los pocos instantes?

Sin embargo, sobre ser muy agradable a Dios, esa forma de oración es singularmente provechosa al alma.

Es *agradable* a Dios. Veámoslo. Al empezar el año nuevo, ¿qué es lo que más prefiero? Que mis hijos me reciten una linda felicitación aprendida de memoria, o que me ofrezcan el alma en ese lenguaje infantil y acaso torpe, pero salido del corazón. Hay falta de «yo» en mis oraciones. Es demasiado la oración del vecino. Quiero aprender a orar.

¡Cuán *provechoso* me será ese ejercicio! Saldré de lo convencional, de la rutina; de irreal, pasará a ser personal mi oración; empezaré a dar algo que sea verdaderamente de lo mío. No es menester ir en busca de hermosas fórmulas; mi silencio será preferible a todo muchas veces. Lo importante es encontrar a Dios.

«Dios mío, enseñadme a hallaros. Vos me invitáis a buscaros, pero no sé cómo empezar. Enseñadme la difícil ciencia de permanecer a vuestros pies filialmente, sin encogimiento, sin cosa prestada, en la fresca simplicidad de una respetuosa y amantísima intimidad de corazones.»

## **La flaqueza de Dios**

San Agustín se atreve a decir —cosa, por otra parte, fácil de comprender—: «La oración es la fuerza del hombre unida a la flaqueza de Dios.»

*La fuerza del hombre.* — «Pedid, dijo Nuestro Señor en el Evangelio, y recibiréis. Llamad, y se os abrirá. Buscad y hallaréis» (Mat. 7, 7). — Y en otro lugar: «Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo concederá.» — «Si entre vosotros un hijo pide pan a su padre, ¿acaso le dará una piedra? Es imposible, ¿verdad? ¿Cuánto más nuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se las pidan?»

¡Cuánto poder nos reconoce el Salvador con estas palabras! Si en el orden de la salvación nos falta alguna cosa, pidámosla; pidámosla, alegando los méritos del Hijo predilecto del Padre; pidámosla con la debida humildad, con la debida insistencia y con la debida confianza, y el Padre no podrá menos de concedérnosla. Tenemos en nuestras manos la llave del tesoro.

Lucha el pueblo hebreo contra los amalecitas, y va a ser derrotado. Ora Moisés, y los amalecitas se retiran. Falta agua o falta pan en el desierto; ora Moisés, y el agua brota de la roca y el maná llueve del cielo.

No tenemos bastante fe en las palabras del Maestro; no creemos bastante en el poder de la oración.

*La flaqueza de Dios.* — Dios no desea sino que le forcemos la mano. Aguarda nuestras súplicas\*. No quiere esto decir que Dios renuncie a su omnipotencia, ni que la supedite a la voluntad de sus criaturas. Mas en las disposiciones que su omnipotencia adopta figuran, como dato que El tiene en mucha cuenta, las súplicas de sus criaturas.

Dios no dispone los acontecimientos de una manera dada, de suerte que, más tarde, como sorprendido por la oración de los humanos, se vea forzado a modificar sus planes y a contravenir su ordenación primera... No ocurre así. Lo que sucede es que Dios, al organizar el desenvolvimiento de la Historia, sabe de antemano que éste o aquél orarán aquí o allí, de tal o cual manera.

Teniendo, pues, en cuenta esa intervención eficaz, lo dispone todo de conformidad con los elementos completos del problema. En otras palabras, la oración no tiene por objeto cambiar los planes de Dios, sino hacer que los planes de Dios sean lo que son. Sólo en este sentido habla y puede hablar San Agustín de la flaqueza de Dios, quien, pudiendo disponerlo todo a su talante, se digna utilizar nuestro poder. En nuestra mano está ampliar hasta su máximo un poder semejante. Dios se inclina a nosotros. La suerte del mundo se halla, en parte, en nuestras manos.

¿Comprendo bien la eficacia de la oración y el papel que ésta desempeña en la historia de la humanidad? ¿Tengo o no motivos para

desalentarme si no consigo lo que pido? ¿Flojea o no, en tal caso, mi fe? «Si no obtenemos lo que pedimos, observa Bossuet, no es porque Dios haya dejado de escucharnos, sino porque hemos pedido mal o hemos pedido lo que no nos convenía. Pedir mal es pedir sin fe y sin perseverancia; es pedir para dar satisfacción a las propias pasiones.»

«Haced, Dios mío, que no pida cosa que no sea plenamente conforme a vuestros designios sobre mí. Haced que pida con absoluta confianza, con una fe total y una perseverancia incansable. Y que, con preferencia a los bienes de la tierra, lo que de Vos imploro sean los únicos bienes que tienen verdadera importancia, esto es, los bienes eternos.»

## Amor a la oración

La dificultad que estorba nuestra afición a orar obedece sobre todo a dos causas: el mundo invisible nos parece *lejano*, y nos imaginamos a Dios poco *grande*.

He meditado sobre el medio de acercar a mí las realidades invisibles o, lo que es igual, sobre el medio de acercarme yo a ellas. Consiste en intensificar mi fe y, de un modo especial, mi fe en la presencia divina *dentro de mí*.

No será por demás que me esfuerce en apreciar mejor la grandeza de Dios. El excelente y original P. Pouget, misionero, acostumbraba decir: «Cuando se está con el Infinito, se halla uno en buena compañía.» El Infinito es alguien, sin duda.

Por la creación Dios nos hizo entrega de nuestro propio ser. Al hacernos inteligentes, hizo posible el coloquio de cada uno consigo mismo, en el que consiste la reflexión personal, uno de los mayores encantos de la vida.

Habiéndonos creado Dios para que viviéramos en sociedad y nos comunicásemos con nuestros semejantes, nos dio la palabra para cambiar nuestras ideas con las de los demás hombres, lo que constituye otro de los mayores encantos de la vida humana.

Dios nos dio, además, el sentido religioso; nos dio la necesidad de contar con El, la cual es más o menos intensa y, sobre todo, más o menos desarrollada en unos que en otros. Invítanos a hablarle, a comunicarnos con El. ¿Hallaremos menos encanto en hablar con El que en hablar con nosotros mismos o con los hombres?

Y si, además de su *presencia en todas partes*, con el fin de facilitar nuestros coloquios con El, nos ha dado, al comunicarnos la gracia santificante, su *presencia especial* en nuestra alma; si, por encima de esa presencia inefable mediante la gracia y como algo muy superior a ella, nos ha dado su Hijo único, el Verbo encarnado, como *manjar eucarístico*, a fin de añadir a las dos presencias anteriores un nuevo tipo de presencia, ¿no deberemos sentir acuciado nuestro afán de platicar con El?

En vez del ansia jubilosa de ir a buscar al Maestro divino, ¿qué se encuentra en la mayor parte de los hombres? Cuando van a orar, caminan arrastrándose. Lo consideran una carga. pretérito

¿Y no me hallo yo también, muchas veces, totalmente falto de celo, de ardor, de prontitud? Oro, porque hay que hacerlo, porque la oración entra en mi reglamento, porque he de dar cuenta a mi director de las omisiones en esta materia. Pero está ausente la llama... Se debe este defecto al hecho de que el *Infinito* no es para mí el Infinito, sino una pequeña realidad lejana; alguien a quien es lícito hacer aguardar y por quien no vale la pena de molestarse; alguien, repito, semejante a una estatua, a un personaje frío y de unas dimensiones corrientes, aproximadamente como las mías... ¿Es ese el Infinito?

¡El Infinito!

Y el defecto proviene también de que el Infinito es para mí una cosa más bien que una persona. Estoy *delante* de alguien en vez de estar con alguien. La oración se me antoja un monólogo, siendo así que es una conversación, el trato de dos seres que se comprenden y se aman. Uno de los dos personajes es la misma Sabiduría y el Amor en persona.

No tengo bastante fe; es decir, mi fe no es viva. Se adhiere a una fórmula, pero no capta el objeto escondido debajo de la fórmula. ¿Y a qué emplear aún la palabra «objeto»? Se trata de un *viviente*.

Si orase mejor, captaría más la realidad de Dios. Y captando más la realidad de Dios, anhelaría cada vez con mayor viveza el contacto con esa espléndida realidad...

¡*Conversar con el Infinito!* ¡Y es El, el Infinito, quien me lo pide!

## Objetivos precisos

Un maestro laico de la *Educación de la Voluntad* da este consejo a quien desee ejercitarse en tareas viriles: «El principal medio para llegar al

dominio de la propia energía consiste en no dormirse sin fijar la tarea *exacta* del día siguiente... Y al día siguiente, en cuanto uno despierta recoge bruscamente su espíritu y, sin darle tiempo para distraerse, le obliga en seguida a aplicarse al trabajo, incluso durante el aseo...»

Julio Payot no hace ahí otra cosa que reproducir un consejo dado por San Ignacio a todo aquel que por la noche desea asegurarse para el día siguiente las máximas facilidades en la meditación.

Procuraré acordarme de esta doble aplicación de un mismo consejo. ¿Por qué no he de leer, por ejemplo, antes de acostarme, el tema de reflexión del día siguiente, a fin de que, al despertarme, me encuentre más pronto para evitar las distracciones y concentrar mi espíritu? Esto por lo que concierne a la *oración*. Respecto a la *actividad* que se habrá de desplegar al día siguiente, el señalamiento de la tarea es también muy provechoso: se evitan pérdidas de tiempo; se gana en precisión; la voluntad sabe más a qué atenerse...

*En general, conviene saber a dónde voy y prever lo que quiero. San Ignacio insiste mucho en esto: «Demandar la gracia que quiero». En la vida espiritual, sobre todo, conviene tener claros puntos de vista, objetivos precisos, una voluntad que se aplique a un punto de un sector bien determinado. No basta decir: «Creo que ganaré la guerra»); es preciso, para ganarla, organizarse, adaptar los medios al fin perseguido, dividir para vencer y no abarcarlo todo de una vez, rendir una tras otra las posiciones, y hacer avanzar las reservas a la hora dicha y por el lugar señalado.*

Muchas vidas espirituales son inconstantes, se pierden por flojedad. Alimentan buenos deseos, pero éstos no cristalizan en *sólidas resoluciones*. Todo se diluye en una generosidad amorfa; nada de técnica de la oración, nada de técnica de la victoria sobre sí mismo. Se ama a Dios, y aquí acaba todo... Indudablemente es esto lo principal. Pero no está vedado hacer acompañar lo «principal» de un «accesorio» útil. ¿Qué diríamos de un músico que, so pretexto de que tiene ingenio, no pusiera interés en aprender bien su oficio? Su instrumento rendiría poco. No basta pulsar las cuerdas de cualquier manera o pasear los dedos al tuntún por el teclado. Esto es la infancia del arte; y el arte, como todas las cosas, comienza por la infancia.

No descuidaré, pues, esos medios que ordena emplear la psicología más rudimentaria.



La vida espiritual no consiste en *emociones* religiosas más o menos superficial u hondamente sentidas, sino en una *voluntad* de amor generosa y completa, que nunca se ha de confundir con un mecanismo falto de alma. Nosotros somos cuerpo y alma, alma y cuerpo, y es menester que vayamos a Dios con todo nuestro ser. Lo mejor que hay en nosotros es, sin duda, lo de dentro; pero no hemos de desdeñar lo restante, que a su manera también debe servir.

Organizaré mi vida espiritual de suerte que sea amplia, aireada y precisa, sin regateos, sin superficialidades. Con un esfuerzo inteligente ofreceré a Dios la posibilidad de trabajar en mí. Y para que su gracia pueda venir, quitaré los guijarros del camino y le prepararé una avenida enteramente derecha y desbrozada.

## El examen

El examen de conciencia bien entendido en\* cierra dos actos:

Una ojeada *atrás* sobre una determinada porción de vida que acaba de transcurrir.

Una ojeada *adelante* sobre lo que exige de nosotros la porción de vida que se nos presenta. Este examen de previsión es más fecundo que las vueltas sobre lo pasado.

Estas no dejan de ser útiles. ¿No es el *conócete a ti mismo* el principio de la sabiduría? ¿Cómo va a corregir uno tal o cual defecto si antes no ha advertido que adolecía de él? ¿Cómo va a enderezarse, si no empieza por averiguar en qué punto se halla de rectitud de vida exigida o apetecible? ¿Cómo va a ponerse en orden si no empieza por comprobar la existencia del desorden?

Cuando me visto y aseo, pongo empeño en averiguar si todo está en su lugar. El alma exige que a veces se la mire en el espejo. Resultan siempre oportunas las siguientes reflexiones con que un padrino amonesta a su ahijado:

«¿Cuándo vas a asear tu cerebro? ¿Cuántas horas pasas frotando y friccionando tu moral, rascando tus defectos, peinando tus cualidades y jabonando tus ideas falsas? Con toda tu elegancia exterior, no puedes impedir que piense en el forzado descuido en que tienes el atavío de tu interior o, más bien, de lo que hay en ti de sublime; y a pesar de la pulcritud

de tu exterior, me recuerdas aquellas personas que sólo se lavan lo que se ve: la cabeza y las manos». (LAVEDAN.)

Aunque no sean de un Padre de la Iglesia, las hermosas» página» de Péguy en el *Pórtico de la segunda virtud* son expresión del buen sentido.

Es inútil, sin duda, entregarse a dicho ejercicio con ansiedad desmedida. Siendo flébil, es natural que incurra en debilidades. Esto no me ha de deprimir, antes debe incitarme y espolearme a obrar mejor.

Un viejo autor nos dice que se ha fie imitar a la serpiente. «Cuando ésta observa que su piel comienza a envejecer, a arrugarse y a oler mal, se mete entre dos piedras, y empieza a frotarse contra ellas hasta que la piel vieja se le ha caído del todo hecha escamas, al tiempo que se le ha ido formando debajo una piel nueva». (TAULER)

Hay que tomar el consejo y la comparación en su sentido justo. No es preciso hurgar en el fondo del alma indefinidamente; una conciencia luminosa descubre al punto sus flaquezas. La enfermedad del escrúpulo no es de ordinario otra cosa que un exceso de examen. Nada tan fácil como alterar un instrumento de precisión.

El *examen de previsión* es del todo indicado para el principio de la jornada, después del ofrecimiento general de las obras del día. ¿Cómo santificaré tal momento, tal porción de mi actividad? Me encontraré con tal persona, se me presentará tal peligro, etc.... Gobernar es prevenir, y prevenir es aprender a gobernarse.

Y en todo eso, lealtad perfecta, severidad justa, y, más que todo, calma y serenidad. A ser posible, alegría y buen humor. Un impulso hacia Dios, y luego ¡adelante, por una nueva etapa encaminada a su mayor gloria!

## Es menester decisión

En los *Ejercicios espirituales* propuestos a la meditación de los fieles, sugiere San Ignacio el examen de los tres diversos estados en que puede hallarse la mente, llegado el momento de tomar resoluciones:

Puede uno *resistirse* cobardemente. No hay por qué hablar de este caso.

Puede mostrarse dispuesto a elegir *ciertos medios*, sin atreverse a escoger los que son esenciales, dolorosos, pero eficaces.

Puede tratarse de una *simple Veleidad*: «Quisiera», y no tener el valor de aventurarse.

Puede, en fin, resolverse a obrar, no *titubeando ante medio alguno* y presagiando todos los triunfos.

En toda operación táctica lo que importa es *señalar claramente el objetivo* que se ha de corregir. Nuestras resoluciones son de ordinario infecundas, porque son imprecisos los objetivos. La voluntad no sabe a qué atenerse.

A veces las resoluciones son excesivas en número. Se quieren demasiadas cosas, o al menos *demasiadas cosas al mismo tiempo*. Hay que saber dividir para vencer. Sólo atacando tal o cual defecto se consigue una enmienda eficaz. El apólogo del fabulista donde aparece un personaje que es impotente para romper de una vez muchas ramas unidas y que obtiene el resultado apetecido rompiéndolas una tras otra, es siempre de actualidad.

Lo más provechoso será, por lo común, reunir las diferentes manifestaciones del defecto que se ha de combatir (o de la virtud que se ha de adquirir) y aplicar los esfuerzos ya a uno ya a otra. Nos admiraremos del resultado.

Alguien dirá: «Estoy firmemente decidido a querer, pero lo que precisamente deseo es *poder querer*». Y por vía de ejemplo aduce la siguiente reflexión que una joven, muerta a los veinticuatro años —María Bashkirtreff—, inserta en su Diario: «Querer: mas, para querer, se requiere antes poder. Los que triunfan con su *Yo quiero* están sostenidos, sin saberlo ellos, por unas fuerzas secretas que a mí me faltan».

¡Si yo contara con esas fuerzas secretas!

¿Y quién dice que te faltan? Tú no las tienes acaso en tu temperamento. ¿Por Qué no las buscas en la ayuda de Dios? ¿Oras? ¿No abrigas con algún exceso la idea de que puedes triunfar por tus propios medios? En la vida moral y en el orden sobrenatural nada se conquista sin la gracia. ¿La pides en la medida que te hace falta?

«Oro, me esfuerzo... y no consigo llegar. Por eso me entrego al desaliento».

Reemprende tu tarea. Sólo a la oración perseverante y al esfuerzo prolongado se ha prometido el éxito.

*¿Vas a desalentarte? ¡Jamás! Como ha dicho un humorista: «¿Para qué nos vamos a sentar delante del jarro de leche volcado? ¿No hay aún vacas por ordeñar? ¿Por qué no hemos de reír?»*

«Dadme, Dios mío, las fuerzas indispensables para llegar a decidirme y para perseverar en la lucha. Dadme el conocimiento de las tácticas oportunas. Enseñadme a no ceder al desaliento, a recobrar siempre. Haced que no sea un veleidoso, sino que, acertando a escoger el terreno de la lucha, sepa dirigir los golpes a donde convenga y sostenerme cuando sea necesario. Que no me abatan mis fracasos; que se limiten a enseñarme la humildad y me exciten a recurrir más y más a vuestro poder infinito.»

### **Las pequeñas virtudes**

Cuando Catalina Roberti hizo su profesión religiosa en el convento de las Benedictinas de Padua, su hijo jesuíta le dedicó su *Breve tratado de las pequeñas virtudes*, libro de reducido tamaño, pero muy delicado y muy práctico.

Saca dicha expresión, según dice, de San Francisco de Sales, y hace la siguiente enumeración de las pequeñas virtudes:

«Una *indulgencia* que perdona las faltas ajenas (aunque no pueda uno prometerse para sí un perdón parecido); una *disimulación* que parece no advertir los defectos más salientes de los otros (cosa opuesta, como se echa de ver, a la odiosa debilidad de descubrir los que están ocultos); una *compasión* que se apropia las penas de los desgraciados para aliviarlas y una alegría que se apropia las alegrías de los dichosos para acrecerlas; una *agilidad de espíritu* que adopta sin resistencia lo que hay de juicioso en las ideas de un compañero; una *solicitud* que se anticipa a las necesidades del prójimo para ahorrarle el sinsabor de sentirse y la humillación de pedir asistencia; una *largueza* de corazón que hace siempre todo lo posible para servir y que, cuando puede poco, desearía poder mucho; una *afabilidad* tranquila que escucha a los importunos sin aparente molestia; una *urbanidad* que con los deberes de cortesanía no hace gala del gracioso disimulo de la gente mundana, sino de una cordialidad sincera y cristiana a la vez...

«Son, en resumen, pequeñas virtudes: la afabilidad, la condescendencia, la sencillez, la mansedumbre, la suavidad en las miradas, acciones y palabras, etc.»

¿Por qué se ha de poner interés en practicar estas pequeñas virtudes?— Porque *vivimos en sociedad*.

«Serían superfluas en los ermitaños que viven en compañía de las fieras y de las aves de los bosques. Para ellos bastan los ayunos, las mortificaciones, el recogimiento y la contemplación». Pero donde se producen contactos necesarios, intercambio de servicios, palabras y signos, la cosa es distinta.

Y el autor nota finamente:

«Sin el aprecio de las pequeñas virtudes, ¿será posible que dos o tres mujeres que viven bajo un mismo techo dejen de estar en continua guerra?»

Por su misma pequeñez las *pequeñas virtudes* ponen a aquel o a aquella que las practica a cubierto de la *vanidad*. Por otra parte, como quiera que no siguen del todo el rumbo de las inclinaciones naturales, exigen un gran *valor*.

Añádase que pueden *practicarse a todas horas*. Ciertas virtudes demandan, para desplegarse, unas circunstancias excepcionales. Las ocasiones son aquí de todos los días y reclaman almas ejercitadas, por cuanto se presentan inopinadamente y sin que puedan preverse, en casa, en las visitas, en la calle y a propósito de un sinnúmero de personas.

¿*Pequeñas virtudes*? De ningún modo; virtudes muy grandes.

Grandes, si se considera el *principio* de donde emanan, que es el amor de Dios.

Grandes, si se sopesan los *resultados* que ellas permiten conseguir.

Grandes, si se las refiere al *modelo* que de ellas nos dio Nuestro Señor.

¡Oh Jesús!, dadme esa grandeza, una de las pocas que no son superiores a mi talla. Haced que sea grande por la práctica de las pequeñas virtudes».

## La vida interior (1)

La vida interior no consiste única ni principalmente en la multiplicidad de los ejercicios devotos, sino en lograr que el *espíritu cristiano* impregne nuestra vida.

Es, por otra parte, incontestable que el espíritu cristiano, para mantenerse y desarrollarse, supone un determinado número de ejercicios devotos, practicados lo más perfectamente posible.

¿Cuál es, en una vida cristiana, el *mínimo de ejercicios devotos* requerido?

La Iglesia prescribe la Misa todos los domingos y fiestas de guardar, la Confesión y la Comunión una vez al año y la oración de vez en cuando. No responden a un precepto formal las preces de la mañana y de la noche; pero es cosa clara que constituyen una práctica de elemental conveniencia. Por la mañana, ¿no debemos ofrecer a Dios las primicias del día? Y por la noche, ¿no es conveniente pedir a Dios el perdón de las faltas cometidas durante la jornada y abandonarse en sus manos al empezar la noche?

Es evidente que un régimen de vida limitado a lo rigurosamente estricto es un régimen de hambre, que nunca conducirá a una vida cristiana pictórica, y menos aún a una vida religiosa progresiva. De hecho, se practican los ejercicios devotos que no pueden omitirse sin incurrir en alguna culpa. Eso es todo. No puede salir de ahí cosa alguna sólida ni vigorosa.

¿Qué supone, pues, una vida cristiana que *aspire a ser fervorosa*?

Un programa bastante generoso sería el siguiente: Comunión semanal; dos o más Misas cada semana, según permitan los deberes de estado; un poco de lectura espiritual.

El ideal sería asistir a la santa *Misa y comulgar* lo más a menudo posible. Cada uno puede examinar sus posibilidades, las cuales son sumamente variables según los casos.

No hay por qué insistir en la advertencia de que la *Confesión* no ha de preceder necesariamente a la Comunión cuando se trata de personas que se conservan en gracia de Dios. En otras palabras, es del todo lícito comulgar sin previa confesión. Los que comulgan todos los días, no van a confesarse cada día; no es necesaria, en efecto, la conexión entre ambos sacramentos.

¿Cuándo hay que confesarse? Hay obligación de hacerlo, y cuanto antes mejor, cuando se ha caído en pecado mortal. A los que viven habitualmente en estado de gracia se les recomienda que se confiesen al menos cada quince días o tres semanas, pudiendo hacerlo en algunos casos una vez al mes. Aun teniendo pecados veniales es lícito comulgar a menudo, sin necesidad de confesarse con mucha frecuencia; tal es el sentido de los decretos del Papa Pío X. La Comunión es precisamente el mejor medio de ir reduciendo el número de las faltas veniales.

Asistid, pues, a la santa Misa lo más a menudo posible, y comulgad siempre que podáis. A ser posible, participad todos los días en el santo Sacrificio y recibid a Nuestro Señor. Este es el ideal. Vea cada uno si está en sus manos realizarlo.

La *lectura espiritual* ensancha los horizontes. No es necesario señalar para esto una hora determinada, aunque es preferible fijarla de antemano. Podría escogerse a este efecto una página del *Evangelio*, un capítulo de la *Imitación de Cristo* o de algún tratado espiritual, la vida de algún santo, etc. En principio, toda lectura que nutra al alma y la invite a elevarse puede ser considerada como lectura espiritual.

¿Cuál es el tono cristiano de mi vida? ¿Cuántas veces oigo Misa cada semana? ¿Cómo son mis Comuniones en punto a frecuencia, a intensidad? ¿Leo con frecuencia alguna página edificante?

## La vida interior (II)

Es ya un indicio de que se desea una vida fervorosamente cristiana el interés en frecuentar la Misa y la Comunión y en tener un poco de lectura espiritual. Quien aspire a una vida interior más honda, gustará de añadir a esto el *culto de la Presencia de Dios*.

Dios, como he comprendido antes, no *está lejos* de mí, sino muy cerca. Puedo ir a encontrarle, sin duda, en las profundidades del cielo y en todo cuanto me rodea; pero sé también que por mi Bautismo se dignó convertir mi alma en morada de su predilección.

¿Qué puedo hacer mejor que habituarme al contacto frecuente con mi Huésped interior? «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón», dice la Sagrada Escritura.

Lo mejor es empezar por obligarse uno a hacer cada día, o al menos con cierta frecuencia, *alguna visita* al Santísimo, no tanto para recitar unas fórmulas como para ejercitarse en el trato de intimidad. En esto consiste el ejercicio de la *oración* o, como suele también decirse, de la *meditación*, de la *contemplación*. Para muchos cristianos las realidades de la fe son un bagaje que queda al exterior; nada penetra en su carne y sangre, o sea en lo más Hondo del alma. Y, con todo, es muy de desear que pasen a ser substancia viva.

Si, por ejemplo, tengo a mano un misalito, no hay inconveniente en que, en vez de leer simplemente y como de corrida los textos de la Epístola

o del Evangelio, *me pare* a buscar todo el sentido de la letra, a expresar, cuanto me sea posible, todo el jugo. Si rezo el Rosario, nada impide tampoco que, en vez de ir simplemente desgranando *Avemarías*, reflexione sobre los diversos misterios, y no de prisa, sino con el detenimiento que permitan mis deberes de estado y me sugiera la escena evangélica que cada uno evoca.

Los maestros de la vida espiritual, San Ignacio por ejemplo, aconsejan que de vez en cuandoelijamos una de las oraciones habituales, como el *Padrenuestro*, el *Avemaría*, etc., o un salmo, y que, poniendo intervalos entre cada uno de los miembros de la frase, nos esforcemos en apreciar todo el valor de los mismos. ¡Qué trampolín nos ofrecen, por ejemplo, las palabras «Padre» y «nuestro» del *Padrenuestro* o la fórmula ((Venga a nos el tu reino)! En vez de limitarnos a las puras palabras, penetramos, así, hasta la médula, lo que es sumamente más nutritivo que una simple recitación seguida.

Otras veces podremos ejercitarnos en la *meditación propiamente dicha*. Existen dos métodos, cuya finalidad no es otra que codificar lo que hace todo ser racional cuando se dispone a reflexionar. Todo puede reducirse a tres casos:

La *idea inspiradora* es, por ejemplo, la realidad de la muerte, la brevedad de la vida, la gravedad del pecado. En este caso be de hacer lo que hago normalmente cuando me adhiero a una idea. ¿Qué me recuerda a este propósito mi *memoria*? ¿Qué me sugiere mi *entendimiento*? ¿Qué ha de sacar de ahí mi *voluntad* en orden a la vida cotidiana?

Me inspiro en un *episodio* del Evangelio. Aquí el método a seguir consiste en examinar necesariamente las *personas* que entran en escena, las *palabras* que se cambian y las *acciones* que ejecutan.

Utilizo como base un *texto*. Me esforzaré en saborearlo según los principios antes indicados.

Nada hay, en resumen, tan fácil, con tal que nos resolvamos a consagrarnos a la tarea. Esto supone, evidentemente, una *preparación* (la elección del tema), tiempo suficiente para reflexionar y una *voluntad* resuelta de unión con Dios. Pero yo había partido de la hipótesis de un alma que procura realmente poseer una vida interior. La vida interior no existe sin entrar dentro de nosotros mismos de vez en cuando y, a ser posible, cada día.



### La vida interior (III)

Uno de los primeros resultados de la meditación o de la oración es nuestro *acercamiento a las realidades divinas*. En vez de presentarse al alma como unas grandes cosas lejanas —cuando no, por desgracia, como unas grandes cosas muertas—, tienden a convertirse en realidades más próximas, en realidades palpitantes.

Como resultado de haberlas acercado a nuestro pobre amor, adquieren un calor especial, y empiezan a latir según el ritmo de nuestro pobre corazón.

*Sólo hay una vida interior en un alma cuando se encuentran vivas en ella las realidades divinas.*

Una vez conseguido este resultado —o en vías de ser conseguido—, no tarda en producirse este otro: las cosas de Dios tienden cada vez más a imponerse al alma; ya no hay solamente quien tiene de vez en cuando un gesto cristiano, sino una persona que se baña habitualmente en un *ambiente divino*.

Conozco la frase: «Ser dueño de una idea.» Aquí hay algo más: aquí la idea pasa a ser dueña de nosotros.

Imaginémonos a uno que prepara un examen importante, que aspira a una carrera. Ese tal no sólo piensa en ello una que otra vez y por efecto de un esfuerzo, sino que el pensamiento de su examen o de su carrera se le impone casi de continuo, aun en las ocasiones en que la acción por él ejecutada no guarda ninguna relación directa con su carrera o con su examen.

Vive en un *ambiente*.

En el orden espiritual rige la misma ley. El *esfuerzo voluntario* por acercarse íntimamente a Dios, según una periodicidad y un crecimiento determinados, acaba por crear una cierta *facilidad espontánea* para bailar a Dios a propósito de nada y a propósito de todo.

Tanto más, cuanto que Dios da gracia para ello y recompensa a quien le busca, haciendo que encuentre esa búsqueda cada día más apetitosa.

Cuando las verdades divinas han pasado, pues, del terreno de la fe seca al de la adhesión amante, gracias a la costumbre adquirida de dedicar a ello las energías todas de nuestra vida, acaban por impregnar, la vida por entero y por imponerse a la memoria, aun *en medio de las ocupaciones ordinarias*.

Es cosa clara que las almas, a tenor de su temperamento y de sus esfuerzos, aportan mayor o menor número de disposiciones; no han sido formadas, en efecto, sobre el mismo modelo. Pero en todas ellas se verifica lo que dice San Agustín: *Amor meus, pondus meum*; «mi amor es mi peso», es decir, sin yo saberlo, y como sin esfuerzo, me siento inclinado a lo que mi corazón ama.

Cada cual sigue sus inclinaciones; aquí la inclinación ha sido creada en *el sentido de lo divino*. Al principio, esto parecía tal vez artificial; fue preciso provocar ocasiones, ejercitarse en actos concretos, dispuestos según una mayor o menor frecuencia. Al cabo de algún tiempo, el mecanismo —si hay lugar a hablar aquí de mecanismo— se diría que funciona de por sí.

¿Cómo se explica que ciertas personas piensen y obren habitualmente según las ideas de la fe y busquen la solución de todos los problemas inspirándose en la fe? Es que la fe las envuelve en una especie de aureola. Se han establecido en un clima, en el clima de Dios. Y todo cuanto se les acerca o las toca se embebe necesariamente en ese clima.

La vida cristiana no es ya un simple *chapado* exterior, sino que ha pasado a ser una cosa *profundamente interior*. Dios se halla en todo tiempo muy cerca, aun cuando no se piensa en El explícitamente.

¿En qué punto me hallo? ¿Cuál es mi concepto de la piedad?

## **El cultivo de mi piedad (I)**

He visto el número de ejercicios que deben figurar en una vida cristiana considerada como honradamente *suficiente*, y en una vida cristiana deseosa de llegar a la vida *interior*.

He optado, al menos así me lo imagino, por la segunda hipótesis. Aspiro a la vida interior, a un cristianismo de fervor elevado y pujante.

Pero he de tener en cuenta mi *inestabilidad*, mi inconstancia, por desgracia tan frecuente. Si quiero mantenerme fiel a mi programa, es preciso que alimente y acrezca cada día mi gusto de Dios y de las cosas divinas.

¿Cómo lograré hacer atrayente lo que he reconocido como necesario y sumamente útil? Ahí está, en efecto, el problema. No se trata de buscar los consuelos espirituales ni de «servir» bien únicamente cuando halle gusto en servir. Esto sería fundar mi vida espiritual sobre un elemento

demasiado variable. Trátase, por el contrario, de provocar y desenvolver en mí un vigoroso dinamismo, merced a un cultivo de mi piedad a la vez intelectual y sentimental; se trata de intensificar mis motivos de «servir bien», y de ver mejor, poco a poco, el esplendor único de una sólida piedad.

La palabra «piedad» no tiene buena prensa, y hay que confesar que la frase «personas piadosas» no es siempre una frase encomiástica. Ello se debe a que ciertas personas llamadas piadosas arrastran muchas veces tras sí unas insuficiencias naturales chocantes, o muestran, al lado de una práctica exterior bastante sólida, unos relevantes defectos espirituales, unas actitudes farisaicas o afectadas, y con frecuencia una sequedad de corazón y aun ciertos vicios manifiestos.

En realidad, la piedad, en el sentido pleno y exacto de la palabra, es el *sentimiento filial* que debemos a Dios; el «culto en espíritu y en verdad» que el Evangelio reclama y que preconizara Nuestro Señor; el gusto instintivo, y luego racional y creciente, por el Maestro infinitamente bueno.

Todo cuanto me ayude a comprender mejor, a «realizar» mejor la suprema bondad de Dios, exaltará saludablemente mi espíritu filial, me introducirá profundamente en la realidad, en la verdad. Ocupe Dios su lugar, y yo el mío. Dios, infinitamente amante, que me ha agraciado con innumerables dones; y yo, mezquino y miserable, pero locamente amado, cuya ambición debería consistir en amar, en retorno, inmensamente; en amar al Dios de amor tanto más cuanto es menos amado por tan gran número de almas.

¿Cómo lograré llegar *intelectualmente* a conocer mejor la infinita bondad de Dios y mi deber sacratísimo de amar con todo mi corazón y con un rendimiento siempre creciente a Aquel que tanto me ha favorecido?

*Estudiando* más mi fe: su contenido, su historia y su irradiación; procurándome a este efecto obras de religión bien escritas, tratados didácticos sabrosos y densos, libros de historia y biografías de altura y bien presentadas. Una biblioteca escogida debería ser mi gran tesoro; pocos libros, pero frecuentemente manejados, y al día. Con ello adquiriría una cultura que poco a poco me elevaría sobre los conocimientos religiosos rudimentarios.

Otro medio, unido a la *lectura inteligente*, es la *reflexión cordial sobre temas de religión*, no tanto para un ahondamiento teórico de las

cuestiones como para un mejor cimiento moral y espiritual de mi vida. Me refiero al fecundísimo ejercicio de la meditación.

Mesa de trabajo. Pero, sobre todo, un reclinatorio.

## El cultivo de mi piedad (II)

He visto cómo hay que concebir el cultivo *intelectual* de mi piedad. Conviene no descuidar menos el cultivo, llamémoslo *sentimental*.

Este cultivo puede adoptar dos formas: una *negativa* y otra *positiva*.

Toda educación supone una forma *restrictiva*. Hay que escoger, canalizar y, a veces, reprimir.

No se trata aquí, evidentemente, de rechazar las imaginaciones desordenadas o culpables, las aficiones peligrosas. No me hallo en el terreno del deber estricto, sino en el terreno de la perfección. La higiene de que aquí tratamos no tiene por objeto 'as restricciones necesarias, sino las restricciones apetecibles.

Hoy que *alejarse* todo cuanto tienda a trastornar la sensibilidad. No hay inconveniente en pensar en los sanos goces de la familia; nada hay aquí que no sea saludable y aun edificante. Pero existe todo un mundo de quimeras e imágenes que no vengo obligado a alimentar. Ciertas lecturas, ciertas películas, ciertas amistades, sin ser malas, son morbosas. No queremos privarnos de ninguna distracción, de ninguna pieza lujosa, y luego nos extrañamos de que en la oración aparezcan muy lejanas las realidades invisibles; de que el amor de Dios sea poco atrayente. «El hombre animal dice San Pablo, no percibe las cosas de Dios.» Se refiere, sin duda, al hombre que se abandona al pecado; pero ello es también aplicable al hombre que se entrega a las cosas inútiles.

¿Me he percatado bien de que Nuestro Señor no sólo condena las conversaciones malas, sino también las conversaciones ociosas? A la luz de este principio, ¡cuántos «tés», cuántas «visitas», cuántas habladurías y cuántos mentideros quedarían suprimidos!

Nada de jansenismo ni de severidad inmoderada. Debemos prestarnos a todo cuanto pueda contribuir a hacer placentera la vida ajena, y a fomentarlo. Mas, cuando se trata tan sólo de nuestra persona, ¿por qué hemos de dar tanta importancia a esos enjambres de pensamientos ociosos, de conversaciones inútiles, de ensueños vanos, de aficiones incontroladas a las personas y a las cosas?

Dicen algunos: «Yo no ejerzo un dominio directo sobre el sentimiento.» Es cierto; precisamente por esto no hay que dejarse avasallar y hay que vigilar las salidas. Uno ha de ser dueño de sí mismo. Una madre puede experimentar: sentimientos inmoderados hacia sus hijos; una camaradería puede degenerar en afecto morboso. El corazón o el espíritu pueden ser ocupados indebidamente, aun sin mengua alguna de su limpieza. El primer puesto en nuestro pensamiento y en nuestro corazón debe ser para Dios. — Hay que desescombrar.

Y como no se destruye sino lo que es reemplazable, hay que prestar atención al cultivo *positivo* del propio sentimiento religioso.

Hay que familiarizarse con las escenas evangélicas. Hay que gustar de vivir en el escenario cristiano de Belén, de Nazaret, de la vida pública del Salvador, del Huerto de la Agonía, del Calvario y del Cenáculo. Para eso es útil la *meditación*. Se habla mucho, hoy día, de las lecciones de cosas. ¡Cuán espléndidas lecciones de cosas en punto a educación espiritual puedo aprender allí!

El *escenario cristiano del hogar* tiene su importancia: un hermoso Crucifijo y algunas imágenes artísticas. Pero, sobre todo, el escenario interior.

Es igualmente preciosa la *Liturgia*. No vengo obligado a asistir únicamente a las Misas rezadas. La música y el canto pueden ayudar a muchos a cultivar el sentimiento religioso. No se ha de tomar, con todo, lo accesorio por lo principal.

La estética moral de las hermosas *biografías* ofrece, a su vez, un complemento importante.

Me he de elevar. De ciertos aviadores, habituados a verlo todo desde muy alto, se dice que ya no gustan de contemplar las cosas a ras de tierra. Me esmeraré en ver las cosas desde un plano elevado.

## **El sacerdote, a mis órdenes**

En su libro *Jueves santo*, Mauriac, después de haber celebrado la gloria de la Eucaristía, muestra el inmenso beneficio que para la Iglesia representa el sacramento del Orden.

«Haced esto en memoria mía —dijo Nuestro Señor—. Cuantas veces bebiereis de este Cáliz, hacedlo en recuerdo de Mí». Así fueron creados los *primeros presbíteros*. La gracia del sacerdocio se transmitirá hasta el fin de

los tiempos, basta el último sacerdote que celebre la última Misa del universo.

Faltan sacerdotes, desgraciadamente. Mas, lo que admira a Mauriac, es el hecho de que, dado el enorme sacrificio que la Iglesia exige al sacerdote y los escasos consuelos que éste percibe de su ministerio en nuestro mundo semipagano, todavía se encuentren jóvenes prontos a *abrazar el sacerdocio*.

«Ninguna ventaja humana. La castidad, la soledad, muy a menudo el odio, el escarnio y, sobre todo, la indiferencia de un mundo en el que parece que no hay ya lugar para ellos, tal es la herencia que han escogido. Ninguna grandeza aparente; un trabajo que muchas veces parece material y que los asemeja al personal del municipio y de las pompas fúnebres. Envuélvelos doquiera un ambiente pagano. El mundo se reiría de la virtud del sacerdote si creyera en ella; pero no es así. Se les espía. Mil voces denuncian a los que caen. Nadie se extraña de ver a la inmensa mayoría de ellos trabajando en la obscuridad, con un salario irrisorio, inclinándose sobre los cuerpos que agonizan, correteando por los patios de los Patronatos.

¿Quién es capaz de describir la soledad del sacerdote en el campo, en medio de unos aldeanos, cerriles, de ordinario, cuando no hostiles al espíritu de Jesucristo? Entráis en una iglesia de aldea, y no veis en ella a ningún ser viviente, si exceptuáis al anciano párroco, que está de rodillas en el coro, velando a solas con su Dueño. Las palabras de Jesucristo a este propósito se realizan cada día: “Os envío como ovejas en medio de los lobos. Seréis objeto de odio por causa de mi nombre...”

» Desde hace siglos, a partir del primer Jueves santo, no han faltado hombres dispuestos a optar por ser odiados y no recibir consuelos humanos. Optan por perder la vida, porque alguien les ha hecho esta promesa que parece desatinada: “Quien quisiere salvar su vida, la perderá; y quien perdiere su vida por amor mío, la pondrá en salvo”. Y en otro lugar: “Al que me hubiere confesado delante de los hombres, le confesaré yo delante de mi Padre que está en los cielos”».

Yo hago el *mayor aprecio* del sacerdote, indudablemente. Ante todo, por razón de su sacerdocio, de los sacrificios que el sacerdocio supone y, principalmente, de la virginidad que exige.

¿Procuro *utilizar* lo más posible el poder del sacerdote? ¿Cómo practico la Comunión y la Confesión? ¿Qué tal es mi dirección espiritual? El sacerdote no fue ordenado en provecho propio, sino en el de las ovejas

que le habrían de ser confiadas. ¿Tengo interés en beneficiarme de lo que el sacerdocio me ofrece y me apronta?

¿Cuál es mi actitud con respecto a los *sermones*? ¿Voy a escucharlos? ¿Me abstengo de juzgar severamente el fondo o la forma de ellos?

¿Procuro que en *mi hogar* se tenga en sumo aprecio al sacerdote? En algunas familias la visita del señor Párroco es una verdadera fiesta para los niños. ¿No es, por ventura, la visita del representante de Nuestro Señor? ¡Qué dicha para toda la casa si, más tarde, uno de los chiquillos llega a ser como el señor Cura!

### **Mi actitud en las funciones sagradas**

Una militante de la Asociación del Matrimonio Cristiano (A. M. C.) hacía notar, un día, este hecho deplorable: «¿Se ha fijado usted en que los hombres, sobre todo los jóvenes, hace algunos años que dejan de *arrodillarse*, en absoluto, durante la Misa? Cuando la liturgia no les permite estar sentados, están de pie —incluso en la Elevación—, cruzados los brazos sobre el pecho, enhiestos como cirios, pero sin llama. Me hago cargo de que el respeto a su dignidad y, sobre todo, el esmero en conservar la línea del pantalón les impide hincar las rodillas. Numerosas mujeres, llenas de terrible zozobra por la endebles de sus medias de seda, empiezan a obrar como ellos, y también me hago cargo. Mas, aparte de que tal actitud es causa de que nuestros Oficios divinos se parezcan a ciertos cultos protestantes, hay que tener en cuenta a... los otros, a los que siguen arrodillándose... Cuando se tiene delante a uno de esos sujetos que permanecen plantificados desde el principio hasta el fin, el cirio se trueca en pantalla, y no se ve otra cosa que... una espalda. Ahora bien, muchas de las personéis que se arrodillan, gustan de seguir la Misa y de ver al sacerdote en el altar para asociarse a él durante la celebración del santo Sacrificio».

Y la militante, repleta de buen sentido y manejando algún tanto la ironía, formulaba este deseo: «Los que están resueltos a permanecer de pie en la iglesia, ¿no podrían *colocarse detrás* de los demás? Esto sería una solución para todos, ¡y costaría tan poco!»

Esto por lo que hace a la *actitud en general*.

Pero hay otro punto: las *miradas*. Esto no molesta tanto a los vecinos; por más que... No me refiero a las miradas malas, las cuales pueden darse también en la iglesia y aun durante el santo sacrificio... Me refiero a las

miradas de vulgar curiosidad. Antes muchos iban a la iglesia sin misalito ni eucologio, al menos por lo que hace a los hombres. Las mujeres no solían llevar sino un devocionario de lo más insípido. Es natural que uno se sintiera tentado a matar el tiempo inspeccionando al público, fijándose en los trajes, haciendo para su capote pequeñas reflexiones sobre éste o aquélla...

Hoy día se ha impuesto, por fortuna, la costumbre de ir a la iglesia con el libro más apropiado a la Misa: con el *Misalito*. Con tal que se sepa utilizar bien, no hay cosa más indicada para combatir el aburrimiento y preservar de las distracciones —todo lo cual, por importante que sea, es puramente negativo—; no hay cosa más adecuada, decimos, para *unirse al Sacrificio*.

El exterior, en efecto, no lo es todo; importa mucho más el *interior*. Es preciso que mi asistencia a los divinos Oficios sea de verdad un culto auténtico, una adoración, una alabanza a Dios, y no solamente una presencia material, desprovista de alma.

Si se trata de la Misa, sé que debo *participar* en la inmolación que se opera sobre el altar; que debo integrarme en el sacrificio, puesto que por mi Bautismo constituyo una misma cosa con el Cristo que ofrece y se ofrece en el altar.

Si se trata de otro ejercicio —Vísperas, Exposición del Santísimo, etc.—, entraré lo mejor que pueda en el espíritu requerido. Daré ejemplo. Oraré de veras. Me esforzaré por sacar un nuevo provecho de cada acto que se renueve. Saldré de allí con una resolución. Que esto sea como una etapa hacia una ascensión más elevada; algo así como un alto reglamentario que me permita ganar con mayor gozo la cumbre.

## **Ejemplos cristianos**

De *Lord Halifax*, ministro del Exterior en Inglaterra, al comenzar la guerra de 1939, se cuenta este hecho: Siendo ministro de Agricultura y de la Pesca fue designado virrey de la India. Un ambicioso habría aceptado al punto; él, en cambio, se reservó algún tiempo para consultar a su padre y encomendar el asunto a Dios. Su padre le contestó por carta que debía optar por lo que él creyera ser voluntad de lo alto. Tuvieron ambos una entrevista, después de la cual, padre e hijo decidieron asistir juntos al servicio anglicano de su iglesia. Al salir, el anciano lord dijo a su hijo:



«Efectivamente, creo que debes marchar a la India». — «Yo también». — «Entonces, asunto concluido; no hablemos más».

El biógrafo observa que Lord Halifax supo ser también en la guerra un «hombre puesto de rodillas», lo que explica, en parte, que hubiese sabido ser, asimismo, un valiente «hombre puesto en pie».

Me acuerdo del naufragio del *Pourquoi pas?* que ocasionó la muerte del *doctor Charcot* y de su misión.

Charcot era hijo del célebre profesor Charcot, fundador de la Escuela de la Salpêtrière, ferviente materialista, sectario agresivo y sañudo adversario de los milagros de Lourdes. Charcot, al revés de su padre, se convirtió y fue un creyente sincero. Miembro de la Academia de Medicina y de la Academia de Ciencias, no se recataba de afirmar sus convicciones religiosas.

Un día, en Cherbourg, mientras estaba inspeccionando las maniobras del *Pourquoi pas?*, se le acercó un grupo de obreros para invitarle a una fiesta que había de celebrarse el día siguiente por la mañana. Dada su extrema sencillez, no se hizo esperar la respuesta: «— ¿Mañana por la mañana? Imposible, amigos míos. Mañana es domingo, y el domingo voy a Misa».

¿Cómo asistía a ella? Era un asiduo de la Misa de once y media en San Malo, donde muchos fieles podían verle seguir devotamente la Misa con su misalito. Cuando bacía escala, pasaba todos los días unos momentos en la Iglesia Catedral de Rejkjavik. En cierta ocasión dijo al Obispo, a quien se holgaba de encontrar: «No comprendo que se pueda vivir sin fe». También solía decir que sólo estaban dispuestas todas las cosas para la salida cuando había confesado y comulgado.

«No comprendo que se pueda vivir sin fe». Compréndanlo los que puedan. De mí sólo puedo decir que opino como Charcot. Mas ¿vivo de conformidad con mi fe? Me refiero a *los detalles*. Me refiero a la *total exigencia lógica* de mis principios. Me refiero a una *práctica radical y viva*. Me refiero al deber de no perdonar nada, para *irradiarla*. La fe que no obra, ¿es una fe sincera?

¿Hago oración? ¿Oro, sobre todo, en la hora de las graves decisiones? Puesto que no soy anglicano, sino católico, ¿recibo los Sacramentos como es debido? ¿Me confieso con la frecuencia, el respeto y el espíritu sobrenatural convenientes? ¿Comulgo?

Aparte de las razones imperiosas para obrar así, ¿qué valor de ejemplaridad tienen las hermosas virtudes cristianas! Nombremos a Foch.

Charcot, Halifax, sin contar a otras muchas personas de más o menos talla que yo conozco y cuya vida es una predicación viviente.

Quiero ser, según mi condición, *uno de los hermosos tipos de cristiano*, cuyo ejemplo subyuga.

## Repercusión de mis actos

Un gran filósofo cristiano, deseoso de señalar la importancia del menor de nuestros actos y el rastro singular de todo cuanto hacemos, ha escrito:

«Nadie puede arreglar por sí mismo los asuntos de su propia vida. Nuestras existencias están enlazadas de tal modo, que es imposible concebir una sola acción que en indefinidas ondulaciones no se extienda mucho más allá del objetivo a que aparentemente tiende. Las acciones más insignificantes pueden tener, como resultado muy remoto, el turbar una vida obscura, hacer salir de su egoísmo a un desconocido y provocar unas faltéis o unos sacrificios que, en conjunto, contribuyen todos a la tragedia humana».

Cada uno de nuestros actos tiene *dos series de prolongaciones*. Hay un rastro *en nosotros*, que es el fenómeno del hábito, y hay un rastro negativo o positivo en *los demás*, sobre todo si hemos tenido testigos.

*El hábito*. Todo acto engendra una facilidad para reproducir otro acto de la misma clase. Si el acto es bueno, crea una facilidad para ser mejor en lo sucesivo; si el acto es malo, crea una facilidad para ser peor.

Toda acción ha producido movimiento *en el ámbito de nuestra alma*. Toda acción es un cañonazo: despierta en nosotros múltiples virtualidades. ¡Cuántas posibilidades nuevas he suscitado dentro de mí para el bien o para el mal!

La detonación no sólo ha estremecido el corazón de la fortaleza, sino que ha sacudido, además, los ecos del *derredor*. Se han roto cristales, se han hundido tejados y han caído murallas. Y si el cañón no estaba cargado con pólvora, sino con metralla, ¡cuánto estrago habrá causado en el punto de caída del obús!

¡No ha estallado! — Puede ser. Contenía material suficiente para hacer saltar blocaos, desquiciar poblados, aniquilar vidas humanas. Si ha estallado, ¡cuántas ruinas!

—Pero yo no he disparado para destruir, sino tan sólo para divertirme. No tenía intención de herir ni de provocar.

—Había que ser previsor. Es muy fácil, una vez asestado el golpe, atrincherarse detrás de una supuesta inconsciencia.

El gran adalid cristiano De Mun, en un célebre discurso de recepción en la Academia, reprochaba esto a uno de esos grandes malhechores literarios que sostenía no haber escrito para causar daño, sino por el solo placer de escribir. «¡Cómo! —le decía De Mun—; ¿se escribe para dejar la prosa o los versos en un cajón de 1a mesa? Cuando ha terminado usted su manuscrito, lo lleva a un editor; el editor lo hace imprimir; el libro aparece en los escaparates, y los clientes lo compran y lo leen. Un libro se hace para ser leído. ¿No es usted responsable? Dispense: usted es responsable de esa cascada de repercusiones. El daño causado en las almas proviene de su pluma; y usted, sin tergiversar las cosas, no puede sostener que es inocente».

—Pero yo no soy novelista.

—Efectivamente; pero aplíquese este ejemplo. Un acto *que tenga testigos* no es nunca un simple acto; siempre afectará a otras almas. ¿Serán, en virtud de ese acto, inducidas al bien, o inducidas al mal?

Y si el acto *carece de testigos*, no por eso deja de tener su repercusión. Vivimos bajo el reinado de la Comunión de los santos. Nuestros actos buenos, aun siendo ocultos, aprovechan a todos; nuestros actos malos, aun siendo ocultos, perjudican a todo el mundo.

## Cumplir el precepto Pascual

Queriendo un gran Obispo *abochornar a unos cristianos* por su cristianismo anémico y chocante, les propuso esta historieta: Un joven, hijo de una familia descreída y que ignoraba todo lo relativo a la vida cristiana, pidió la mano de una joven, hija de una familia reputada por muy religiosa y, como se dice vulgarmente, de principios. Presentóse en enero, se casó durante el Carnaval, y llegó, naturalmente, el tiempo de Pascua. Por supuesto que la joven esposa se había comprometido a hacer pronto de su marido un católico práctico. Tras el viaje de bodas, los nuevos esposos regresaron al hogar. Toda la familia de la joven desposada ¿ha cumplido con su deber?, sin exceptuar al suegro. Ella le explica lo que esto significa: cada cual se ha confesado, lo que supone la imposición de una penitencia

por los delitos pasados y la promesa de una vida más ordenada para lo sucesivo.

«— ¡Dios mío!, se dice el pobre marido; la casa entera *va a cambiarse de pies a cabeza*. ¿Y qué papel voy a representar en medio de esos penitentes? A mi salida dejé unos individuos semejantes a todos los demás del mundo, sin que difirieran de ellos en otra cosa que en el empleo, en determinadas ocasiones, de una jerga para mí desconocida. Y ahora me encuentro con unos penitentes... ¿Qué linaje de gente es esa? Sobre todo, me inspira compasión el bueno de mi suegro, que va a ponerme en algún compromiso. Sin ánimo, en efecto, de juzgarle, no creo que haya podido librarse de una penitencia de tres años. ¿Y mi suegra? ¡Qué transformación habrá debido de sufrir! No voy a reconocerlos; todo va a cambiar entre ellos, y me será muy difícil moverme en medio de esos convertidos.

»¿Y mi mujer? Si también ella se decide a cumplir con la parroquia, ¿podrá conservar ese atuendo corriente, esas maneras corrientes, que merecen, desde luego, toda mi aprobación? No había previsto eso. Tras la confesión, tras la promesa de portarse mejor que antes, es evidentemente imposible continuar la vida anterior. ¡Me he lucido!

«—¡Tranquilícese, caballero! Ese pequeño mundo no *cambiará en nada* su modo de obrar anterior a la Pascua.

»Su suegro hace tiempo que ha terminado la penitencia. Por lo que hace a la libertad de maneras y conversaciones, de arreos y visitas, de lecturas atrevidas o de películas incitantes, así como a chismes de mujeres e incursiones en el cercado ajeno, todo se reanudará y se hará como antes. Esté, pues, tranquilo. Es preciso vivir como todo el mundo. ¿Qué sucedería si fuese menester singularizarse e impregnar de cristianismo la vida C 73 de todos los días? ¡De ningún modo! Trátase solamente de ser deferentes con unas ordenanzas rituales que, gracias a Dios, se procura cumplir lo menos mal posible. Una vez cumplidos los ritos de rigor, la vida prosigue como antes, y sin quebrantos.

»En resumen, usted no verá más penitentes de los que veía antes de Cuaresma y antes de Pascua. Hallará de nuevo a aquellos de quienes se despidió hace ocho semanas; a unas personas honradas, que viven como se vive en la propia familia de usted y como se vive en todas partes; a unas personas honradas, que sólo se distinguen de las demás en esto: en resguardar su conciencia bajo unas formas y un lenguaje especial del que echan mano en ciertos lugares y en ciertas ocasiones.»

Es difícil ser más irónico. Esta descripción, ¿es pura fantasía? ¿Podría yo jurar que no conozco ningún ejemplo de ese cristianismo de agua de borrajas, meramente protocolario y formalista?

¿Es esa la religión de Nuestro Señor? ¡De ningún modo! ¡No faltaba más!

Si bien me examino, ¿no me reconozco, al menos en parte, bajo los rasgos que se acaban de trazar? He cumplido el precepto Pascual, por supuesto. Pero, ¿fue *cambiado de vida*? ¿Qué tal ha sido mi arrepentimiento, y, sobre todo, mi *firme propósito*?... ¿He cumplido con la parroquia para volver a ser luego ni más ni menos lo que era antes?

## Retiro anual

Una madre, gravemente enferma, escribió a un hermano suyo, jesuíta, para rogarle que se encargara de la vigilancia espiritual de todos los suyos en el caso de que Dios fuese servido arrebatarla a su hogar.

«Sintiendo gravemente atacada mi salud, abandono con amor y confianza mi vida en las manos de Dios, ofreciéndole los afectos humanos, que, al par que nos apegan a la vida y nos la hacen creer de alguna utilidad, nos hacen temer el dolor de la separación, propio de los seres a quienes se ama y del que está próximo a morir. A. M. D. G. Si desde allá arriba he de continuar mi misión no terminada aún, te ruego transmitas a todos mis últimos encargos.

«Sólo he de pedirles una cosa: que procuren ser *santos*. Explícales que esto no es una cosa complicada ni difícil, y que es la mejor prenda de felicidad, por cuanto ésta no es otra cosa, a fin de cuentas, que una vida sólidamente ordenada. Es menester para esto la ayuda de Dios, quien suspira por darla, bastando tan sólo que se busque y se pida. Creo que el mejor medio de asegurar una vida ordenada consiste en procurarse a toda costa *tres días de retiro anual* y en mantenerse fiel a esta práctica hasta el fin de la vida. Me atrevo a decir esto a los míos; me limito a indicarles que ese esfuerzo me parece posible, y que estoy *segura* de que les será utilísimo durante la vida y para la eternidad. ¿Qué son tres días para Dios entre los trescientos sesenta y *cinco* que tan gratuitamente nos otorga El cada año?»

¡Cuánta *razón* tenía esta madre y esposa al dar a los suyos semejante consejo! En este punto coincide con los autores espirituales más prestigiosos. Además, justifica, así, las líneas que más adelante se leen en el

documento enviado a su hermano: «Amo a los que Dios me ha dado con una ternura que soy incapaz de expresar; a todos les he amado *muchísimo*, dando la preferencia a su alma.»

¿Quién no va a encontrar *tres días* en todo el año para darlos a Dios y pensar en sus intereses espirituales?

Los hombres, sobre todo si andan muy atareados, pretextan *sus ocupaciones*. «Pretextan» es la palabra exacta. No hay nadie que, con un poquitín de buena voluntad y sin menoscabo alguno de sus obligaciones profesionales, no pueda retirarse tres días al año para reflexionar, orar, interrogarse acerca de su propia vida, volver al camino recto, si hay necesidad de ello, precisar su ideal y cobrar fuerzas para una nueva etapa de mayor rendimiento. ¿Soy yo también hombre de pretextos?

Si soy esposa y madre, los quehaceres domésticos, por imperiosos que sean, sobre todo si puedo hallar quien me supla en la dirección de la casa, no deben impedirme un breve paréntesis anual a los pies de Dios... No se practica, de ordinario, por falta de tiempo ni por un motivo legítimo basado en el deber de estado, sino por falta de *valor*.

Me preguntaré sinceramente si soy del todo leal; y si practico, efectivamente, mis retiros anuales, me preguntaré si saco de ellos todo el provecho apetecible; si, verdaderamente, voy mejorando por etapas...

¿Cuántas veces viviré aún trescientos sesenta y cinco días? ¿No experimentaría mucha paz en la hora de mi muerte, si unos meses antes hubiese *reflexionado seriamente sobre el fin de la vida* en el decurso de un fervoroso retiro?

## ***EL ESPÍRITU CRISTIANO***

## La Religión emparejada con la vida

Para muchos cristianos la vida se divide en *dos partes*:

—De un lado la *religión* (la cual suele reducirse a muy poco: Misa del domingo, Confesión y Comunión pascual, una que otra oración, la asistencia a casamientos y entierros de personas conocidas, y poca cosa más).

—*Todo el resto de la existencia*, vida familiar, vida profesional, vida ciudadana, corre paralelamente casi vacía por completo de vida divina. En nada difiere de lo que sucedería si no se fuese cristiano. Todo se cifra en una especie de honradez natural, exenta de todo aquello que pueda desentonar demasiado; no en una existencia impregnada toda ella de cristianismo y en la que la religión no aparezca al margen de la vida, sino mezclada con ella.

Describiendo el hogar de su infancia decía Tocqueville: «En la casa de mi padre pude ver que la religión, presente del todo en las acciones más insignificantes y a cada momento, informaba, sin *exhibicionismos*, todas las ideas, sentimientos y actos, influyendo en las creencias y mejorando incesantemente todo aquello en que andaba mezclada.»

¡Enhorabuena! Ahí tenéis una piedad bien entendida, un cristianismo que, sobre informar los ejercicios devotos, *anima el conjunto todo de la vida*.

Se ha podido decir: «Existe una manera cristiana de beber un cuartillo, de enhebrar una aguja, de pasear por la calle, de comprar un par de botas y de fumar un cigarrillo.»

Es verdad.

El acto no cambia de naturaleza; pero la calidad de quien lo ejecuta le imprime un color, una modalidad que no es idéntica en un gentil y en un cristiano.



Beber, comer, dormir, utilizar los bienes de la tierra, tratar con sus semejantes, etc., no son unos mismos actos ejecutados en estado de gracia o en estado de pecado mortal. Si se ejecutan en estado de gracia, difieren entre sí según se piense o no se piense en referirlos a Dios, según se piense o no se piense en limpiarlos de todo moho de egoísmo, vanidad o amor a las comodidades.

Como dice un personaje de una comedia célebre: «*Existe una manera*». No existen solamente las acciones; existen, además, las intenciones, de suerte que puede mediar un abismo entre dos maneras de ejecutar una misma acción. La manera es lo que importa.

En un hogar íntegramente cristiano se respira un aire muy distinto del que se respira en otro que no lo es o lo es poco. De ordinario se deberá esto a los *imponderables*: abstención de formular juicios equívocos o severos, ausencia de costumbres relajadas, ensalzamiento constante de la piedad y del amor a Dios, lealtad completa en los contratos y relaciones, caritativa delicadeza entre unos y otros. La acumulación de estos imponderables constituye una plataforma de coral, de una solidez a toda prueba, sobre la cual podrán edificarse las grandes y firmes virtudes.

«Haced, Dios mío, que mi hogar sea siempre un hogar modelo, en el que Vos estéis constantemente en primer término y donde todos rivalicen en asegurar lo mas posible vuestra mayor gloria.»

## **Religión convencional**

Mons. Benson describe en varios de sus libros a los *Convencionalistas*, esto es, a esos infelices cristianos cuya vida religiosa consiste simplemente en la observancia de algunos ritos o prácticas de las cuales suele estar ausente el alma: la asistencia de vez en cuando a los divinos Oficios, sobre todo si se tiene afición a la música o predica un orador de fama; la abstinencia todos los viernes, solamente en casa y no estando uno de viaje.

«— Usted se hará cargo; el ama de casa se empeña en ello». — La Confesión y la Comunión una sola vez al año, porque esto es de buen tono en el ambiente en que se vive, y porque de paso se evita, así, el tener que dar demasiadas explicaciones sobre ciertos períodos de la vida, algo turbios, y que harían perder al confesor la buena opinión que puede tener de uno. — Como comprenderá usted, invitamos a comer al señor Cura de

vez en cuando. Esto no está mal. Después de todo, no se le pueden confiar ciertas cosas, ¿verdad? *Y Dios ya debe contentarse con esto.*

¡Vaya usted a saber!

Se cierne el ángel de la muerte. Algy asiste a la agonía de uno de sus hermanos, buen sujeto y católico, desde luego, aunque no más que muchos otros católicos. ¡Ya me entendéis! ¿Qué debe pensar el Señor de una vida parecida? — «Este agonizante era Théo, silencioso, inmóvil, de rostro curtido y apenas cambiado. Sin embargo, la amenaza de la muerte se cernía sobre él como la insignia de una dignidad nueva, como el baldaquino de un trono real sobre la cabeza de un infantito...»

Entra el sacerdote para rezar las oraciones. — «¿Era posible imaginarse a Théo, coronado, dentro de una o dos horas, vestido de blanco y con una palma en la mano? Esto eran metáforas, claro está; más, ¿iba la muerte a hacer a Théo capaz de la alta existencia sobrenatural que aquellas metáforas simbolizaban? Algy escuchaba las palabras: — «Aquel a quien el Señor ama... El castigo del Señor, etc.», y no podía menos de representarse el rostro encendido de Théo, bajo su gorra, cuando ciertos chascarrillos le hacían estallar de risa...»

Aquí no se trata de un muchacho, sino de una dama venerable, la señora Carberry. «Se entonó el segundo himno, en el que se anunciaba que el obrero había terminado su tarea, que la batalla había concluido, que el viajero había arribado a una playa lejana. Cada versículo terminaba con una alabanza del siervo de Dios que descansa en El... Indudablemente, el himno era-a propósito para arrancar lágrimas. Sin embargo, ¿qué había de común entre toda aquella ternura, entre toda aquella confianza y la vida de la anciana dama cuyo cuerpo reposaba en el centro de la nave? Que la vida de la dama no había sido sino un *egoísmo absoluto*, era una verdad incontestable. Habíase destacado en todo linaje de acciones vanas, menosprecios y tiranías mezquinas... Es verdad que no había faltado a las convenciones mundanas. Había vivido bien, al decir del mundo. Mas, si en alguna parte existía una divina ley de amor, su vida había sido de cabo a rabo una *infracción de esa ley*... No obstante, esa era la mujer a quien celebraban los cantos. En ellos se la suponía ya en posesión de la recompensa de los elegidos y asociada al aleluya eterno... ¿Por qué no había de elevarse una voz para hacer las aclaraciones necesarias?»

*De Dios nadie se burla*, dice la Sagrada Escritura. ¿Y vais a creer que el Señor se contenta con un cristianismo de pura fachada? De ningún modo. Los verdaderos fieles son los que lo son *en espíritu y en verdad*.

Esconder una nulidad cristiana bajo las apariencias de una vida seudocristiana es cosa que puede engañar a los hombres; a Dios no se le engaña.

¿A qué se parece mi cristianismo? ¿A una fachada, o a una vida?... ¿Consiste en meros gestos, o tiene una verdadera alma? ¿Es un convencionalismo, o bien una creencia sincera, lógica, total, que no se traduce en actitudes frías, sino en una práctica de todos los días, rica de savia, que informa la existencia entera, dinámica, progresiva?

Dios mío, vuestra religión es una vida. Haced que la viva.

## El espíritu del mundo (I)

El *mundo*, en el sentido en que habla de él Nuestro Señor, se distingue de la *carne* y del *demonio*.

Es la absorción del alma por unos objetivos terrenos, con perjuicio de Dios; objetivos que no son de suyo viciosos, pero que tienen el inconveniente de oscurecer las verdaderas perspectivas. No se comunica oficialmente a Dios que queda despedido, pero prácticamente se le coloca en segunda categoría —o en trigésima sexta—, dada la importancia que se concede a todo cuanto no es Él.

Una de las mejores definiciones del *espíritu del mundo* la debemos al P. Fáber:

«La mundanidad, dice, consiste en un sinfín de cosas que aisladamente podrían permitirse, pero que juntas conducen a un fin ilícito, ora porque su acumulación es pecaminosa, ora porque adquieren un dominio excesivo sobre nuestros afectos. Ciertas cosas que no son de suyo malas, se tornan reprobables cuando se colocan entre Dios y nosotros, y son mil veces detestables cuando ocupan el lugar de Dios en nuestros corazones.»

Ahí está su *mayor perjuicio*. En un conflicto de valores lo que más se olvida es la importancia relativa de los diversos valores. La mayoría de los hombres desdennan reflexionar sobre esto, y su instinto les lleva con harta frecuencia a prestar atención a las diferentes realidades en razón inversa de su importancia. Una aventura escandalosa señoreará los pensamientos y las conversaciones — y dígase lo mismo de la última novela a la moda, de las proezas de un cineasta o de una *estrella* —, y no se hará ningún caso de los

grandes acontecimientos, sobre todo si son de índole religiosa e interesan al presente y al porvenir de la cristiandad.

Al mismo tiempo que hace *olvidar las preocupaciones esenciales*, el espíritu del mundo tiende a *debilitar y aun a corromper los caracteres*: es la invasión de la frivolidad.

Aun allí donde intervenga la religión, no predominará el culto a Dios sino la satisfacción de la vanidad. Se bailará para ayudar a las obras benéficas, y el matrimonio irá rodeado de una pompa más digna de una ópera que de una ceremonia religiosa.

En la vida de San Vicente Ferrer se refiere que en Tolosa se habían organizado procesiones de penitencia y funciones de reparación con el fin de alejar graves calamidades. Pues bien, se aprovecharon las procesiones para lucir y exhibir trajes apropiados, y en una determinada cofradía se introdujo la costumbre de emplear unas disciplinas con mangos de plata para que los instrumentos penitenciales de la gente rica se distinguieran de los instrumentos penitenciales usar dos por los pobres. Hasta tal punto busca dónde alojarse la vanidad.

Si uno se abandona al *espíritu de vanidad*, se entrega a la mayor esclavitud. «¡Hay que seguir la corriente! ¡Qué le vamos a hacer!» Poco importa que la cosa sea estúpida o discorde. El *mundo* se impone. No hay lugar a discurrir.

Una de las primeras compañeras de Santa Magdalena Sofía Barat, fundadora de las Damas del Sagrado Corazón, la señora Marboeuf, que tenía una larga experiencia del mundo, decía a las jóvenes religiosas: «Porque habéis abandonado el mundo antes de conocerlo creéis haber hecho mucho por Dios. No os jactéis de vuestro sacrificio. ¡Si supierais lo que es la esclavitud del mundo! Es una *vida de presidio*.»

Evitaré ser un presidiario. Viviré con noble independencia.

## **El espíritu del mundo (II)**

Ayer medité en qué consiste, y me percaté bien de su nocividad.

Otra razón de esta nocividad — y de las más graves — es que el espíritu del mundo se insinúa *sin que lo advirtamos*.

No carecen de verdad las siguientes palabras que escribe un avisado observador de la intrusión de las costumbres paganas entre las personas que se tienen por cristianas: «La mayoría de las personas piadosas creen

que el espíritu del mundo es menos nocivo de lo que es en realidad. No comprenden su universalidad, su sutileza, su habilidad en mezclarse con el bien en suficiente cantidad para despojarle de su mérito, y su especial traza en adueñarse de las personas que se suponen inaccesibles a sus ataques. El *gran mal del mundo* consiste en persuadir a los hombres de que no es tan peligroso como suele decirse... Esta persuasión le depara el triunfo. Cuando uno no le cree dañoso, ya es su víctima».

Cuando algunos predicadores o moralistas se proponen llamar la atención sobre los arteros peligros de la mundanidad, los mundanos claman, generalmente, que hay en ello exageración. Son invenciones quiméricas de hombres tétricos, piensan para su capote. ¿Qué inconveniente hay en tener en la iglesia un reclinatorio felpudo o aterciopelado; en trabajar para los pobres... echando chinitas sobre la conducta ajena; en seguir la moda, en no privarse de ningún placer lícito, en poder estar al corriente de la última novela, de la última película, de la última pieza teatral?... Si se quiere suprimir todo, acabaremos por no poder vivir.

¡Perfectamente! Todo esto es exacto. Tal es, en efecto, el *espíritu del mundo*.

¿Se sigue, de esto algún daño? No, salvo el de ver cómo *languidece el espíritu del Evangelio*. ¿Es algo esto?

Con tales ideas, ¿es posible educar a los hijos en la austeridad generosa, en la idea de apostolado? ¿Es posible constituir un bogar profundamente cristiano?

El mayor mal de numerosos cristianos no es el pecado —al menos hablando en general—, sino el *enfriamiento del espíritu de Jesucristo*; el arte de olvidar la Cruz; el deseo, cuando menos implícito, de no imponerse ningún freno, de hacer las menores concesiones posibles a las realidades invisibles.

Cuanto menos exigente se muestra uno en punto a espíritu cristiano y a práctica cristiana, menos cristiano es, y llega poquito a poco a una extenuación poco menos que completa. Sólo queda un marco, unas rutinas, una fachada. Nada más. La religión ha quedado vaciada de su substancia, el Evangelio ha sido endulzado y las Bienaventuranzas se han desvanecido.

¿Podemos calificar de cristianismo lo que resta?

¿No es este el mayor de los escándalos? ¿A qué es debido que los incrédulos no se pasen en masa a la fe de Jesucristo? ¡Es tan hermoso el Evangelio! Todos deberían tender a él.

Por desgracia, entre el Evangelio y los ojos de los incrédulos hay esas fatuas siluetas de cristianos de un cristianismo desfigurado. ¿Tiene atractivos tal religión? ¡Mil veces no! Si son tales la doctrina y la práctica que Jesucristo trajo al mundo, no hacen para mí. Así razonan los que no comparten nuestra fe. Los *mayores enemigos* del cristianismo son los *malos cristianos*.

¿Qué clase de cristiano soy yo? ¿Qué impresión debo producir entre los que me rodean? ¿Qué piensan de mí los que me tratan, en casa, en el despacho, en la oficina, en el bazar, en la fábrica?

¿Discípulo de Jesucristo, o de quién?

## Una persona del mundo juzga al mundo

Poco antes de su matrimonio Carlota de Migieu, que había de desposarse con De Montaugé, enjuiciaba así al *mundo*, tal como era a sus ojos en el siglo XVIII:

«¡Triste escuela la del mundo! Se vive en él de *Vanidad*; las quimeras son su pasto, y aun después de haber experimentado su vacío no puede uno desasirse de él, porque no sabe a dónde ir. La clarividencia sólo sirve entonces para destilar amargura. Mas, si contemplo sus grandezas y sus vanidades a la luz del Evangelio, me siento con ánimos para despreciarlas, y tengo fuerza suficiente para desapegar de ellas mi corazón.

»Me acostumbro a prescindir de comodidades y placeres. Cuando era niña, me decían que había debido respirar —no me indicaban dónde —un malsano aire de independencia. El caso es que *amo la libertad*; que no quiero ser gravosa a nadie; que rehusó depender de mi cuerpo por la molicie, o de las falsas necesidades del lujo. Me repugna el extremado atavío de las mujeres de mi sociedad, y siento horror al atuendo con que hay que cargar, porque lo impone la *moda*. Perder un tiempo precioso en adornarse, me parece criminal; es criminal. ¿Cómo disimularlo? Claro está que no ha de haber una negligencia afectada ni una compostura ridícula; pero la propiedad, el decoro, una noble sencillez no exigen que se consagre cada día unas cuantas horas al adorno del propio cuerpo. Es preferible seguir la moda a distancia; escoger entre los objetos frívolos los más sencillos, los de menos apariencia, y, sobre todo, emplear el menor dinero posible en esas cosas, considerando un triunfo el saber prescindir de ellas.

»Con todo, hay que observar en esto una moderación. Me es preciso hacer los desembolsos convenientes y no aparecer ridícula por falta del

aliño debido. Pero no me dirigiré a las señoras elegantes para saber lo que me conviene. Ellas nunca encuentran nada excesivo, y gastan en trapos inútiles un dinero que sería muy bien empleado en *el hogar del pobre*. Prefiero dirigirme a las que observan un justo medio; a las que saben lo que su estado les exige y lo que pueden evitar sin tacañería.»

El gran riesgo que el «mundo» hace correr a las almas es, desde luego, el habituarlas a *ambicionar todas las comodidades*.

«El mundo encuentra natural y razonable el disfrutar del bienestar en que uno se halla; el procurarse todas las comodidades de la vida, todos los placeres que están al propio alcance. No comprende por qué hay quien renuncia a ellos. ¿Cómo puede comprenderlo, si la *mortificación* es para él un enigma? Juzga prudente aprovecharse sin limitaciones de todo cuanto se posee, y por esto se engaña terriblemente a propósito del precepto de la limosna.»

Más adelante critica Carlota, en sus Memorias, la afición desmedida a las *recepciones*. Como su esposo ocupa un puesto importante, vese obligada a ofrecer banquetes; así lo quiere el mundo. Reconoce sin rebozo que es cosa placentera sentar a su mesa a los buenos amigos; pero no gusta en modo alguno de hospedar a unas personas con quienes no está unida sino con el lazo de las conversaciones mundanas.

«No podéis figuraros cuánto me cuesta gastar dinero por unas personas que me son indiferentes.»

Sobre todo, teniendo en cuenta el *gran alivio* que ese dinero podría aprontar a la *miseria*.

«Cuando pienso que la cantidad destinada a un banquete aparatoso podría alimentar por espacio de muchos días a un gran número de pobres, sube de punto mi pena.

Peor obran los que se anticipan a hacer unos gastos inútiles, que nadie les va a agradecer. Por lo común no resta de ello otra cosa que un sinsabor indecible, un secreto hastío, un vacío insoportable. Si, por el contrario, ese dinero se hubiese echado en el seno del pobre, fructificaría, y depararía el placer de haber arrebatado tal vez a la muerte —siempre a la miseria— a unos indigentes que son semejantes nuestros.»

## Seriedad y jovialidad

Los jóvenes, sobre todo, se imaginan que es una misma cosa ponerse *serio* y ponerse *triste*. Y uno de los prejuicios más corrientes a propósito de la religión del divino Crucificado es el de creer que, porque el Evangelio exige la Cruz, no puede hablarse sino de una religión propia de seres deshumanizados, apesadumbrados y abatidos; de unos hombres que han renunciado a los mejores goces de acá abajo.

¡Grave error! La más elemental filosofía nos enseña que los *placeres* no tienen todos el mismo valor, y que el sacrificio de los de orden inferior no puede dejar de contribuir al desenvolvimiento de la vida verdadera. Expurgar las ramas inútiles de un árbol no equivale a extenuarlo. Y para quien conoce los contentos de una buena conciencia, ¿no vale más el dolor exigido por el esfuerzo laborioso que el placer pagado con remordimientos tras una derrota moral? Sobre todo, para quien conoce el Evangelio, ¿no vale más el valor necesario para vivir en continuo estado de gracia, cuya recompensa es la paz del corazón, que los cerdos y las bellotas del hijo pródigo escapado de la casa paterna?

La seriedad de vida no ensombrece la vida, antes la ilumina. «Sólo existe una tristeza: la de no ser santos.» Nada aporta más alegría que el esforzarse día tras día por ser santo. «Nunca me acuesto, escribía Mozart a su padre, sin pensar que, a pesar de mi juventud, es posible que mañana no exista. Sin embargo, ni uno solo de mis conocidos puede decir que estoy mustio o aparentemente triste, y doy gracias todos los días a mi Creador por este beneficio...»

¡Cuán estúpido es figurarse que por el hecho de hacer una meditación por la mañana, aunque se trate de la meditación propia del miércoles de Ceniza o del día 2 de noviembre, es forzoso arrastrar una vida deprimida y gastar un humor de sauce llorón! No es solamente propio de un Mozart, no es cuestión de temperamento, sino de *buen sentido* y de *sentido cristiano* el esfuerzo por conciliar el saludable pensamiento del fin de la vida con una jovial utilización de la existencia presente. Un temperamento equilibrado y cristianamente sano, lo consigue fácilmente.

Me esforzaré yo también por conseguirlo. Una personalidad rica no se despliega nunca sin algún esfuerzo por dominar el imperio de las pasiones y de los sentidos. Para obtener la *espiritualización del ser humano* es preciso resistir la pura y simple expansión de nuestro individuo, Un grano de trigo no lleva fruto si antes no muere. De modo semejante, la



pujanza de la personalidad y, por lo tanto, la verdadera dicha de la vida, no se mide por la vehemencia o la satisfacción de los caprichos individuales ni por el mezquino gozo de vivir, sino por el vigor de la adhesión a la ley moral y a la prontitud con que se observa esa ley en los actos. Nada tan útil, a este efecto, como la vista, si no constante al menos frecuente, del término de la vida. La idea de la muerte no entristece; antes da alientos para hacer frente a las tristezas de la vida y para aceptar las reformas de la vida necesarias o útiles. Alegra la existencia con el pensamiento del fin, y mueve a coger, cada día que pasa, el martillo y el cincel para esculpir en el duro mármol la plena semejanza de Jesucristo.

«Dios mío, después del *Padrenuestro*, la oración más hermosa es la del *Avemaría*. Cada *Avemaría* evoca la hora postrera: “Ruega por nosotros... ahora y en la hora de nuestra muerte.” El *Avemaría* no es triste. Es, ciertamente, seria. *Ella me inspira seriedad* para vivir con saludable alegría la santa libertad de los hijos de Dios.»

### **El mundo debajo de mis pies**

Una mujer de mundo, la señora Martín, que a la muerte de su esposo se hizo religiosa con el nombre de María de la Encarnación, y a quien la Iglesia ha elevado a los honores de beata, deseosa de testimoniar que tanto en la vida del mundo como en la del claustro había conservado la santa libertad del corazón, no teniendo otro apego a las criaturas que el que Dios manda y colocando siempre en su verdadero lugar el *mundo de las apariencias*, decía: «Siempre he tenido al mundo debajo de mis pies.»

Desde luego, ningún desprecio hacia las cosas creadas. Proviene de Dios, y, a condición de usar bien de ellas, son santas y nos conducen a El. Pero sí un supremo dominio, un esmero escrupuloso en no dejarse avasallar ni aplastar, en conservar siempre el sentido de los valores. Un *hermoso amor humano, por ejemplo* —María de la Encarnación había conocido los goces del matrimonio—, no aparta de Dios, si es comprendido según Dios. Como observa muy bien en su diario un psicólogo experimentado: «Existe una parte superior del alma que es poco desarrollada, o no lo es del todo en muchos hombres; una parte que solamente se desarrolla cuando se la hace tender a Dios y que contiene en sí el germen de una ascensión futura indefinida. En esta parte superior, desasida de los afectos terrenos y vuelta por completo hacia lo

sobrenatural, puede haber un bueno y saludable acuerdo con otra alma. No quiero decir que *dos puntas de llama* puedan y deban rendirse jamás la una a la otra; pero pueden unirse, al extremo de *confundirse en una sola llama* y subir juntas a partir del punto en que se tocan. Toda intimidad, toda familiaridad, toda acción común es lícita, si es transfigurada por *una mutua aspiración superior* hacia Dios.»

No se trata, en el matrimonio, de dejar de utilizar los afectos terrenos, que son queridos por Dios cual uno de los más exquisitos goces de la vida. Mas, si es verdad que muchos se paran a gustarlos egoístamente, ¿no lo es también que se podría obrar mejor, conforme al espíritu del texto antes citado? *Usar*, ciertamente; mas, según la consigna de San Pablo, *usar, como si no se usase*, o sea con un espíritu superior a las realidades terrenas. No prohibiéndose las intimidades; pero confundiendo las dos llamas en una única ascendente hacia Dios.

Y si se trata de otras «criaturas» puestas por Dios a mi disposición, usar de ellas como del amor, según la misma norma, o sea con el conveniente desapego del corazón, refiriendo a Dios el goce que me procuran y no haciendo cosa alguna que las desvíe de su destino providencial, sin olvidar que no son para toda la vida. *Usar de ellas como si no se usase*. Todo queda dicho en esta fórmula luminosa.

Que esto es difícil de practicar, no hay por qué negarlo; me lo demuestra la experiencia de todos los días. Me cuesta evadirme, desprenderme, sobrevolar. Quedo siempre a ras de tierra; patinan mis ruedas. Me parezco al aviador de los Andes, el cual quiere salir de los pantanos; mas, prisionero del cieno donde se ha visto forzado a aterrizar, pugna una y mil veces por ganar el espacio libre.

No me desanimaré. Soltaré lastre, si es preciso. Quizás tengo excesivos apegos, y mi carlinga es demasiado pesada. Tiraré afuera las cargas inútiles —desapego *efectivo* en la medida debida—; seguirá una generosa presión sobre el pedal del acelerador para activar la inflamación —amor *afectivo*—, y estimularé el motor, amaré más. ¡Adelante, hacia las alturas!

## **Poseer mi alma**

Se ha podido escribir un libro titulado *La posesión del mundo*. Yo me contentaría con menos. ¡Si solamente pudiese *poseer mi alma!*

«Te ruego —escribía San Bernardo a uno de sus ancianos monjes, elevado al sumo Pontificado y a quien el múltiple ajetreo de una carga abrumadora amenazaba hacer perder la paz—, te ruego que conserves tu libertad de espíritu, tu serenidad, el dominio de ti mismo. *Esto liber, quæso, esto securus, esto tuus.*»

Me habla uno que está aún más arriba: el Espíritu Santo: «A cada día le basta su afán.»

¡Cuán aligerada quedaría mi vida! No contento con llevar la del *día presente*, cargo sobre mis hombros todas las *posibles cruces del porvenir*.

Ahí está el gran obstáculo para mi paz. Me inquieto por lo que *ha sucedido*, por lo que va a *suceder*, y por lo que *sucederá*. Levanto una pirámide con todas las dificultades que presiento... o imagino, y esa mole me aplasta.

¿Y si otorgara un mayor crédito a la Providencia? Una vez cumplidos todos mis deberes, ¿por qué no me he de confiar buenamente a su omnipotencia y a su Bondad?

Una santa alma, sumamente probada y que atravesaba un período de abatimiento interior y de redoblamiento de sufrimientos físicos, imploraba de Dios una respuesta: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha». Y le pareció oír una voz que decía:

«¡La Paz! Mantente ciego, y cree en mi Corazón. Sé siempre como un niño, que tal es mi beneplácito, sin saber ni pretender nada. Aquí estoy Yo, tu Todo. Mírame, sonríeme: soy tu padre y tu madre; soy tu Dios, que te ama. Quiero que te baste saber esto. — ¿Cómo será el día de mañana? — Como querrá mi Corazón. — ¿Cómo serán los días siguientes? — Como querrá mi Corazón.»

¡Qué *serenidad* poseeré si consigo ese *abandono* del día de mañana fundado en la sabiduría y el amor de Aquel que es mi Padre y mi Madre!

Me santificaré hoy; daré hoy mi máximo de rendimiento. Cuando llegue a mañana, será un nuevo hoy. De la conjugación de todos esos «hoy» se compone mi vida.

Dios sólo me pide esto: que le ame con plenitud en el «sacramento» del deber presente; que abra generosamente mi alma a la gracia que sopla impetuosa y apremiante. «Ser plenamente dócil a la acción del amor, a fin de dar a cada porción (de la jornada) el máximo de rendimiento para su gloria.» Así hablaba en 1914 la generosa hermana de numerosos combatientes. No pensaba diversamente el soldado de Salónica que

escribía por aquel mismo tiempo: «Oh Jesús, viva yo vuestra vida en el recogimiento de mi corazón; viva yo vuestro eterno amor en la *plenitud del momento presente*.»

He aquí el gran secreto de la calma de los Santos, aun en medio de las borrascas más trágicas. Se encargan del *presente* y lo sacrifican a la fidelidad; encomiendan el *porvenir* a la Providencia, y lo confían a su amor. No trastruecan los papeles; cada cual a su tarea. La tarea del hombre es lo presente; la tarea de Dios es el desenvolvimiento del tiempo.

«¡Dios mío, enseñadme a poseer mi alma en la paz!»

## Ya nadie es nadie

Ya nadie es nadie, o, lo que es igual, *cada uno* se ha convertido en *cualquiera*.

Esto obedece a muchas causas.

¿Será que los «valores» han disminuido? Las personas que son algo, nunca han sido legión, y aun parece que el reducido grupo de ellas ha sido diezmado. Queda uno sorprendido al ver, aun en los medios donde se supone que se forman recias individualidades, cuán pocos son los que se destacan. Diríase que el rodillo apisonador ha pasado por todas partes; todo o casi todo está nivelado.

Es verdad que todo parece creado para *hacer pensar y sentir* a todo el mundo una *misma cosa*.

El *cine* ofrece a todos las mismas imágenes, las mismas enloquecedoras y a menudo ridículas escenas de amor, que obligan a admirar a unas mismas estrellas. La *radio* enseña a la gente unas mismas canciones y les distribuye un pasto uniforme, que les satisface —pobres infelices— y que aceptan sin distinción. No hay más que dar la vuelta a un botón; ¡fijaos bien! Las *novelas policíacas* suministran un pasto tonto o excitante a todos los pasajeros de los vehículos públicos, y los *periódicos de información*, tan hábiles para silenciar lo que da un verdadero valor a la vida, informan uniformemente al público sobre el caso de unos mismos timadores, de unos mismos estraperlistas y de unas mismas nulidades. Es la organización del sensacionalismo; lo que es grande permanece en la sombra, y los hechos minúsculos resaltan con viva luz.

La *moda* es idéntica para todos; basta que haga su aparición un sombrero, la manera de ostentar un encaje, una cinta o un color, y podéis

estar seguros de que vais a ver todo eso con una monotonía deplorable. Un mismo modelo de escaparate es reproducido en un millón de ejemplares.

Dígase lo mismo de las *agrupaciones*. Tienen algo bueno. Nunca será excesivo el número de personas de valía reunidas, y líbrenos Dios de los «partidarios»; pero una agrupación sólo tendrá valor cuando adicione valores. Si no hace más que yuxtaponer nulidades o individuos amorfos, sin consistencia, se habrá terminado con el espíritu de audacia y de progreso. Será grande el número; pero faltará calidad. Ahora bien, lo que hace progresar al mundo es la *calidad* de los individuos; no, simplemente, la abundancia de gente, sino la abundancia de personas capaces de iniciativa y accionados por una mística.

Ya los hombres se sienten demasiado inclinados a formar *rebaño*. ¡Es tan tentador ir entre la comitiva, sin necesidad de aportar el propio esfuerzo de comprensión, y contentarse con el pasto completamente servido! Es la muerte del hombre. En ese anonimato confuso, en ese cielo uniformemente grisáceo, en esa niebla compacta, ¿de dónde van a brotar las estrellas benéficas?

No se traía de un orgulloso egoísmo. Esto sería incurrir en otra calamidad. Precisamente por haberlo sufrido con exceso ha reaccionado el mundo en un sentido opuesto. No tratamos de negar los efectos saludables, en orden al enriquecimiento de todos, de los medios de información generalizada — cine, radio, etc.—, a condición de que sean vehículos de verdadera cultura, no agentes de *despersonalización universal*.

No me quejaré de mi época; aceptaré, de ella todo lo bueno, pero me *resistiré a dejarme abrumar* por ella. Conservaré mi yo. Y procuraré llegar a ser un «yo», que sea alguien. Y esto no por necia vanidad, sino con el fin de explotar mejor los dones personales recibidos de Dios y contribuir con mi desarrollo armónico y sólido al de todos los demás y a una ascensión de la humanidad.

## Vista parcial de las cosas

La gran miseria de acá abajo es la *mezquindad*. Ya lo he meditado. Debo impedir a toda costa que se me recluya, que yo mismo me encierre en una jaula, que no mire las cosas sino con *anteojeras*.

Pedro Dupouey, a fin de conservar para su inteligencia una mayor potencia receptiva, había anotado (*Cartas y Ensayos*, Ciervo, p. 241) esta frase de Emerson: «El espíritu se construye una morada; pero esta morada

*aprisiona luego al espíritu.»* Suspira tú, por tener una morada con más salidas, a fin de que el espíritu no olvide nunca el arte de volar. «Que tenga un nido, no una jaula, en la hendidura del surco, como la alondra, y que, como ella, emprenda cada día su vuelo a la región de la luz.»

Y puesto que todos estamos condenados — aun reaccionando contra la estrechez que nos acecha — a aislar los puntos de vista, a *carecer del sentido de conjunto*, adquiramos al menos el hábito de mirar las cosas por *el lado bueno*, pues es raro que no tengan alguno.

Podemos reírnos del rapaz de cinco años, hijo de un oficial de marina, que asistió a unas fiestas en el orfelinato de Auteuil. Vio, un día, a los muchachos desfilando por el jardín al son del tambor. Y como se le preguntara: «¿Qué te gustaría ser?», contestó: «Quisiera ser huérfano». «— ¿Por qué?» «— Porque tendría una casa con una Hermosa verja delante, y porque en ella se toca el tambor». El rapaz, al igual de aquel que suspiraba por ser, cuando mayor, «un obispo negro», mostraba al menos una *inclinación optimista*, al decidir su elección basándose en los aspectos lisonjeros de un problema... Se corre, indudablemente, el peligro de lo superficial, y hay que evitarlo; pero antes que resignarse a no ver nada, es preferible cerrar los ojos a lo que no hace de buen ver.

Cuéntase que en una reunión efectuada en América, el presidente rogó a los asistentes que hiciesen pasar su sombrero de mano en mano y depositaran en él una limosna para los obreros sin trabajo. El sombrero regresó vacío. A la vista de esto exclamó en forma de acción de gracias: «Señor, os doy gracias porque mi sombrero ha vuelto a mis manos después de haber pasado por esta asamblea...» Algunos protestaron, se mostraron indignados y soltaron algunos denuestos...; mas el presidente conservó su calma y su *buen humor*, lo que equivale ya a recoger una buena limosna.

No nos formemos un temperamento catastrófico; conservemos nuestra sangre fría, y *aprovechemos las pruebas duras* para afianzar nuestra posición, comprobar nuestros métodos y orientarnos hacia un éxito mejor.

Concededme, Dios mío, la gracia de conservar siempre alerta el alma, de *resistirme a los encierros* y de no hacerme esclavo de las tradiciones, sin dejar de respetarlas, cuando aparecen indefendibles. Haced que conserve una mirada nueva ante los problemas y las realidades.

Haced, sobre todo que tenga y conserve una *mirada optimista*. Nada de la beatífica necedad del avestruz. Procuraré ver el mal, los límites y las deficiencias, pero no me detendré en ello. Toda cosa tiene su lado bueno.

La miraré preferentemente por ese lado. Esto entraña una gran fuerza y un gran placer.

Seré parcial lo menos posible y, en todo caso, nunca seré parcial por pesimismo.

Resueltamente optimista. Esto es más gallardo, más verdadero, más cristiano.

## La letra de la ley

La letra de la ley. En Inglaterra, antiguamente, una ordenanza condenaba al patíbulo a quien hubiese robado un carnero. Un avisado se escapó de la soga demostrando que había robado *dos*.

En Inglaterra —también en tiempos antiguos— un criminal había sido condenado a ser ahorcado al medio día del *miércoles*, 8 de octubre. Pero sucedió que el rey fue a visitar la ciudad en aquella hora precisa. Tuvo que aplazarse la ejecución. Cuando el sheriff fue, el jueves, a buscar al condenado, éste le objetó que, habiendo transcurrido el miércoles, él ya estaba muerto a los ojos de la ley. Los magistrados le dieron la razón.

Estos dos casos, verdaderos o supuestos, refuerzan el conocido aforismo: La *letra* mata; mas el *espíritu* vivifica.

Cuando la Iglesia, con el fin de asegurar un mínimo al menos de culto público, ordena bajo pena de pecado mortal que se asista a Misa cada domingo, no hemos de creer que intente limitarse a una presencia puramente material. «He de estar allí, y por eso voy; pero nada de rezos, porque no los necesito. Yo voy allá para comprobar si el que predica el sermón es buen orador; para ver si hay buenos trajes; porque fulano o zutano se extrañarían de no verme en la iglesia.

Hay que velar por la buena reputación, ¿no es verdad? Además, si uno tiene una clientela católica, no puede impunemente dispensarse de ir a Misa».

El hecho de que la Iglesia, siempre indulgente, considere que la presencia material basta para que no haya transgresión de su precepto, sólo prueba su condescendencia; pero dista mucho la Iglesia de considerar semejante asistencia como un acto de culto, y el fiel que con ella se contentase no cumpliría con el primer mandamiento de la Ley de Dios que le exige un *culto verdadero*: «Adorarás al Señor tu Dios», dice; no «Vendrás a aburrirte o distraerte delante de mí media hora cada domingo.»

No queremos decir con esto que no se requiera la observancia de «la letra». Pero, *más que la letra*, lo que importa *es el alma*, el «espíritu», sin el cual son mero mecanismo las prácticas más excelentes.

Dígame lo *mismo de toda oración*. No basta recitar al tuntún y aun correctamente unas palabras seguidas; es menester que el significado de esas palabras sea suplicante; que haya en ello culto verdadero.

Dígame lo mismo de las *prácticas de penitencia* y de los *testimonios de amistad* con respecto al prójimo. ¿A qué vienen ciertos gestos y actitudes, si el corazón está ausente de ellos o «i el sentimiento interior contradice el exterior de la persona? Nada valen las penitencias practicadas por vanidad ni las muestras de cariño dadas por puro formalismo o, lo que es peor, por hipocresía.

En todas las cosas es el alma lo que cuenta. Y si a veces, v. gr. por razones de urbanidad o de conveniencia, es preciso adoptar una actitud de la que el alma está ausente o que es desmentida por el interior, sean meras excepciones; y aun en estos casos métase, cuanto sea posible, el debido espíritu en la letra a que uno viene obligado.

*Vivificaré todas mis prácticas*. Pondré vida en toda mi conducta y una hermosa unidad.

## El presente

«Entre el *pasado*, donde se hallan nuestros recuerdos, y el *porvenir*, donde se hallan nuestras esperanzas, está el *presente*, donde se encuentran nuestros deberes». Así hablaba Ozanam.

En unos bellísimos versos ha reproducido un poeta la misma idea. La poesía se titula *El tiempo perdido*. En ella se anatematiza a los que aplazan para el día siguiente la observancia del propio deber:

Mañana saldré a ver al pobre en su casucha,  
Mañana cogeré los libros que abrí ayer,  
Mañana, oh corazón, te diré donde te llevo,  
Mañana seré fiel; hoy no lo puedo ser.

Y cada hoy transcurre en ocupaciones vanas:

Ha sido hoy un día de múltiples quehaceres;  
De cuitas y visitas... ¡parásitos deberes  
Que vienen a asediarnos, en la hora del te!



En ocio el corazón, la mente y la lectura.

Conclusión de esta evasión continua:

Y mientras sólo atiendo a prolongar la vida,  
Clama en vano el deber; su voz es desoída.

¡Cuántas vidas se consumen de esta manera! Se *ronda en torno al deber* que hay que cumplir, y no se llega a ejecutar jamás.

O se mece uno en un *pasado revuelto*. Ha vivido días felices, habiendo aplicado unas fórmulas que entonces eran admirables y daban, al menos en parte, la clave de los problemas. Pero es incapaz de mirar adelante; no tiene confianza en los tiempos que vendrán; se obstina en *retrasarse*: marcha, porque no hay remedio, hacia el porvenir, pero vuelto de espaldas. Y como sólo aprecia lo pasado, desdeña lo *presente*.

En nuestros días, principalmente, cuando convendría superar la propia época en todos los órdenes, adaptar los métodos, corregir las fórmulas, tener puntos de vista nuevos, la gente se anquilosa. No se aporta corazón a las necesidades del momento, porque se *carece de la imaginación* que es menester para construir de antemano en el propio espíritu el mundo ideal.

En *Educación*, ¡cuántos métodos deberían revisarse, cuántas adaptaciones a las necesidades nuevas del país y de la época serían de desear! Los poderes públicos no pueden hacer otra cosa que dar consignas generales. Es preciso que los particulares aporten todo su espíritu de iniciativa.

En el *régimen de la producción*, ¡cuántas reformas hay qué hacer juiciosamente y conforme al espíritu del sentido común y del Evangelio, teniendo en cuenta los nuevos factores impuestos por la vida que sigue andando! ¡Cuántas cosas encontraríamos ahí! Regulación de la economía, relaciones entre las clases sociales, espíritu de justicia y de caridad... Es todo un mundo por crear.

En el *terreno político* o de las relaciones de los pueblos entre sí, ¡cuántas instituciones aparecen cubiertas de musgo! Se necesitaría abordar de nuevo los problemas. Se ha podido reprochar a algunos que se atascaban en verdaderos cementerios. Hay que salir de una civilización enterrada. Mas, ¿quién piensa en ello? No me refiero a los «embaucadores»

ni a los aventureros; hablo de personas calificadas, de ciudadanos honestos.

A cada individuo le corresponde su parte de responsabilidad.

A mí, y a todos. Pero debo mirarme a mí con preferencia a los demás, porque yo soy el único sobre quien puedo influir más eficazmente. ¿Cuál es, en orden al porvenir, mi empleo cristiano del presente?

## La felicidad

«La felicidad, ha dicho Descartes, no es el blanco a que se apunta, sino la rosa que se otorga al que ha dado en él.»

El mundo se divide en dos clases de hombres: Unos, muy numerosos, creen que la felicidad es la *satisfacción personal* de su anhelo. Han apuntado a un blanco, y han dado en él. Se contentan con este resultado; ya no aspiran a más. Se han beneficiado por su propio esfuerzo, y se sienten dichosos.

Otros hacen consistir toda su dicha en asegurar la *dicha de los demás*. Indudablemente, no desdeñan el gozo que de rechazo pueden gustar; mas su primordial anhelo no es el gozo que les puede sobrevenir, sino el gozo ajeno: para un esposo, el gozo de su esposa y de sus hijos; para una esposa, el gozo de su esposo; para unos hijos el gozo de sus padres.

Todos los apóstoles pertenecen a esta segunda clase, tanto los que viven en medio del mundo como los que han abrazado el sacerdocio o la vida religiosa. Viven olvidados de sí. Crear felicidad en derredor suyo, tal es su gozo esencial.

Hay que esforzarse por desenvolver, principalmente entre los niños, el *amor desinteresado a los demás*: hay que acostumbrarlos pronto a la comprensión de las miserias espirituales o temporales del prójimo; hay que hablarles sobre la situación a veces dura de los obreros y sobre las necesidades espirituales de los pecadores, de los indiferentes y de los paganos.

¿No era Ampère quien decía que se sentía desgraciado porque conocía el gran caudal de desgracia existente en su derredor? Dichoso dolor el suyo. En el fondo, *todos los salvadores* del mundo tienen *una herida en el costado*.

Ana de Guigné, niña todavía, sufre cuando, asistiendo al catecismo de las Religiosas Auxiliadoras de Cannes, echa de ver que sus compañeras están de pie al tiempo que ella permanece sentada; y decide no sentarse mientras no dispongan todas de una silla.

Justo de Bretenières sufre por saber que allá abajo, al otro lado de la tierra, hay unos chinitos que nacen en el paganismo y cuyas madres, si echan de ver que sus hijitos están mal conformados o son muy endebles, se desprenden de ellos tirándolos a los cerdos o a las aves de rapiña; y el compasivo niño hace un agujero en la arena del jardín de sus padres, en la subprefectura de Châlon-sur-Saône, para gritar a sus hermanitos de allá abajo que irá a socorrerles cuando sea mayor.

Acuciado por la sed de salvar almas, Francisco Javier, discípulo ya de San Ignacio, no se dará punto de reposo hasta que habrá partido al Extremo Oriente para evangelizar a los paravas de la India, a los brahmanes, a los malayos y a los japoneses.

¡Los demás, los demás! *¡La dicha de los demás!*

¿Qué tal es la felicidad que yo ansío? ¿Soy un egoísta, o un desinteresado? ¿Cuál es mi ideal? ¿Doy en el blanco que tengo delante, únicamente para mi propia satisfacción, o bien para presentar el homenaje de la rosa obtenida como recompensa a todos aquellos a quienes amo; una rosa de color de sangre, si es menester?

Quiero ser un sediento de felicidad... *para los demás.*

## La gloria

«La gloria era su alimento», proclama refiriéndose a los guerreros del año II un viejo canto francés, y ¡librenos Dios de ser prosaicos basta el punto de considerar la gloria como un pasto despreciable! Sabemos, por otra parte, qué hablar significa.

No se trata, pues, de condenar un *entusiasmo legítimo*, una ambición proporcionada al objeto en cuestión. Toda alma noble no tiene inconveniente en sacrificarse por una elevada «mística», aun sin percibir un interés utilitario.

Pero existe otro sentido de la palabra «gloria» que podría traducirse por *glorieta*. Consiste en perseguir como término de unos esfuerzos una vana humareda; en conquistar nombradía en la memoria de los hombres. Menos mal si los esfuerzos empleados merecen la reputación conseguida;

mas, ¡cuántos persiguen una hermosa y sonada reputación *sin haber hecho cosa alguna que la merezca!*

¡Piensa la multitud tan poco!... Además, aun en el supuesto de poder creerla enterada de las proezas que nos enaltecen, ¿no sucede a menudo que las ignora del todo? Las glorias de pacotilla son las que suelen interesar a la masa. Los *verdaderos valores* sólo son conocidos de algunos. En consecuencia, aparece del todo inútil el ansia de obtener una reputación gloriosa.

Luis Lumière, el inventor del cinematógrafo, se encuentra un día junto al teléfono, cuando éste aun no era automático. Y ha de dar su nombre a la telefonista para que se le llame. «Ah, ¿es usted el cupletista del café-cantante?» Por lo visto vivía en aquella época un cupletista del mismo nombre que metió mucho ruido. «¡No, por Dios!», contestó el sabio. Y repuso la señorita: «¡Qué pagaría usted por serlo! ¿Verdad?»

Si Luis Lumière hubiese sido uno de esos vanidosos como hay muchos, se habría resentido en su amor propio al comprobar que, a pesar de ser tan ilustre, era tan ignorado. Se rió amablemente de la equivocación.

*Ahí tenéis el aprecio de los hombres:* un cupletista de café cantante es preferido a uno de los más insignes inventores; aquél es admirado como una celebridad; éste es como si no existiera.

Loco de remate es el que pone el objetivo de su vida en la esperanza de oír tocar el bombo a propósito de su nombre.

*Ser humilde.* Trabajar lo mejor posible..., lo más obscuramente posible. No ir tras los hombres. Si sobrevienen algunos honores, grandes o pequeños, acogerlos con sencillez. No hay inconveniente en esto. No los ambicionaba; no los desdeño. Si pueden servirme para cumplir mejor mis deberes, para glorificar más a Dios, los acogeré buenamente.

Y me elevaré *por encima* de ellos.

¿En qué punto me hallo de las ambiciones humanas? ¿No me preocupo aún demasiado, cuando obro, de lo que la gente piensa de mí?

Obraré bien, y dejaré que hablen. Dejaré que piensen de mí lo que quieran cuantos me rodean

## **Humildad**

Ciertas personas gustan de estampar una rubrica *llamativa* al pie de sus producciones. Se avienen a obrar el bien, a condición de que no se

ignore que lo hacen. Desean que sus obras, a pesar de no ser obras maestras, sean reconocidas como suyas por la posteridad; gustan de marchar por la vida *precedidas de una charanga*.

A veces puede ser útil ponerse en escena, no por el afán de lucir, ni por el gusto harto ridículo de que se diga: «¿Sabe usted? Fulano es el director; la señora mengana, presidenta de la asociación, es quien ha sugerido tal iniciativa, quien ha fundado tal grupo», sino para que al amparo de esa exhibición el reino de Dios sea más difundido y el apostolado sea mejor orientado; para brindar una invitación a los que por propio impulso no se decidirían a partir ni querrían lanzarse.

Salvos estos casos, cuanto más se queda uno en la sombra, mejor partido saca de ello. Estemos tranquilos: *dondequiera que haya verdadero mérito*, éste será reconocido un día u otro.

El célebre pintor y escultor de animales, Barye, estaba enfermo. Su mujer quitaba el polvo de los bronce del dormitorio.

«— Cuando estés mejor, dijo, habrás de procurar que la firma de tus obras sea más legible.»

«— Puedes estar tranquila, respondió apaciblemente Barye. Pasados veinte años, buscarán mi firma con ayuda de la lupa.»

Del mariscal Foch decía un día el cardenal Bourne: «No he comprendido la humildad basta que he tratado al mariscal Foch.»

Me esforzaré en *ser hombre de Valer* más que en *cotizar mi valer*.

—Si no me lanzo, dirá alguno, todo el mundo me ignorará.

—Esto no es verdad. Y aun cuando lo fuese, ¿dónde estaría la desventaja?

Lo que más estorba la acción de Dios en las obras divinas es que los instrumentos de ella *se busquen a sí mismos* en vez de desaparecer.

Hay que resignarse a ser «el soldado desconocido»; a formar parte de los «sin grado», de que habla Flambeau en *El Aguilucho*; a no pregonar nuestro renombre. Los que nos rodean no aman a los que se exhiben. Aman a los héroes, pero sobre todo a los *héroes modestos*. Y llevan razón; imitan en esto a Dios.

Conclusión: Obraré el bien; y, a ser posible, lo obraré *sin ruido*.

«Oh Jesús, la Iglesia dice de Vos que sois manso y *humilde de corazón*. Haced que practique esa gran virtud del Evangelio. Vuestros primeros adoradores fueron unos pastorcillos: vuestro ambiente

familiar fue modestísimo. Siempre procurasteis hurtaros a los aplausos; sepa yo imitaros.

«Vuestra Madre, en el *Magnificat*, proclamó las grandes ventajas de la humildad. Pedidle que me enseñe a huir de la vanidad y a referir, como Ella, a Dios todo honor y toda gloria.»

### **Satisfecho de mí mismo \**

Hay quien *nunca está satisfecho* de lo que hace. Hasta cierto punto es buena semejante actitud de espíritu. Ella es la base de todo esfuerzo por mejorarse.

Con todo, debemos guardarnos de caer rápidamente en el desaliento por extremar las cosas. Hemos de ponernos en condiciones de poder triunfar alguna vez. Nada anima tanto como el éxito. Y muchos han carecido de ardor u osadía por no haberse puesto en el caso de conseguir resultados lisonjeros en el decurso de sus empresas. Perpetuos derrotados, carecen por anticipado de toda esperanza de victoria. Cansados antes de haberse lanzado a la acción —cualquiera que ésta sea: apostólica, profesional, cívica, etcétera—, aportan un alma sin inquietudes.

Una *comprobación serena de las propias deficiencias* representa un precioso estimulante... Un admirador de Degas expresa al pintor la estima en que tiene sus cuadros: «Bien quisiera ser yo como usted», le contesta el artista.

No conviene ir aprisa en la admiración de nosotros mismos. Ella es la puerta abierta al pecado de orgullo y al estancamiento del esfuerzo. Lo que hace falta es aprovechar un éxito —no es ilícito reconocerlo, cuando existe, y esto siempre anima— para subir más arriba. He aquí el consejo que daba Kipling: «Cuando sepas hacer una cosa, dedícate a otra de las que aun no sabes hacer.»

Está bien. Aquí el fracaso da alientos, y allí el éxito da fuerzas para una nueva etapa. «No perdáis el tiempo hablándome de lo que marcha bien», decía un gran jefe; «habladme de lo que no marcha». Lo que no marcha ayuda a hacer que todo marche bien; pero es menester para ello un alma de arrestos. Y la comprobación de que todo marcha bien ayuda a lograr que todo marche mejor. Esto no es satisfacción beatífica ni orgullo del propio valer, sino una invitación apremiante a subir más arriba.

¿Me siento fácilmente desalentado con mis fracasos o, por el contrario, inclinado a presumir de mí?

En cualquiera de los dos casos adoptaré la táctica conveniente. No me permitiré que ningún revés me turbe ni que ningún éxito me entusiasme. Ambas actitudes ofrecen sus dificultades. No es cosa fácil el no quedar abatido tras una prueba dura; es cosa difícil el conservarse modesto tras una victoria. Únicamente las grandes almas llegan sin gran esfuerzo al término medio requerido. Me elevaré a él, aun a costa de grandes esfuerzos si por instinto o por virtud no poseo el brío o la humildad necesarios.

«Jesús mío, viendo vuestra obra en el Evangelio — pulimento de los Apóstoles, conquista de las masas, mantenimiento de los discípulos en la fidelidad—, puedo bien decir que triunfasteis. No perdisteis la calma, ni sufristeis debilidad. Enseñadme a imitaros en la prueba. Cuando vuestros milagros son la admiración de todos; cuando cantan *hosanna* a vuestro paso; cuando se os quiere llevar en triunfo, no olvidáis el esfuerzo humilde de los días tristes; sabéis que el Calvario está cerca de la entrada entusiástica en Jerusalén, el día de Ramos. *Nada os engríe, nada os abate.*

«Dadme modestia, serenidad en el éxito, bríos para obrar a través de todos los lances. Saber que estáis contento de mí, ved ahí mi ambición.»

## **Horror a lo aparatoso**

Al pie de los cuadros de batallas ganadas por Luis XIV cierto adulator quiso poner unos calificativos gloriosos. El rey se opuso a ello: los hechos valen por *sí mismos*, no por los empavesados que se levantan para celebrarlos.

¿A qué obedece, pues, esa manía vanidosa de la mayoría de los hombres por poner de relieve sus cualidades? Temerosos de que no sean bastante notadas, las señalan a la atención sin parar mientes en que, obrando así, se achican a sí mismos y disminuyen el auténtico valor de aquéllas.

El brillante aparato con que muchos gustan de rodearse si cuentan para ello con los medios indispensables, cuando no es una afición a las comodidades, obedece al *orgullo*.

Quizás son cristianos y conservan algún recuerdo de la pobreza de Belén y de la obscuridad, más aleccionadora aún, de Nazaret; pero se guardan mucho de aplicarse las lecciones que de ahí se desprenden. Brillar y eclipsar a los demás, tal es su ambición. Poder ser de la estirpe de David y habitar en una casucha, como el carpintero José, o ir a la fuente por agua, como María, o permanecer desconocido durante treinta años en un ambiente de absoluta sencillez, como Jesús, son cosas que no llaman la atención a los que cierran la mente a semejantes recuerdos evangélicos. *Figurar, brillar*. No recatar nada de su lustre exterior; hacerse pasar por lo que no se es, y dejar que se crea en unos privilegios que no se poseen y en unas hazañas que nunca se han realizado: tal es la *costumbre corriente*.

Uno de los más hermosos hechos de guerra es, quizás, el del aviador inglés Willits, adscrito a un equipo de reconocimiento y designado por su jefe para un vuelo a través del mar del Norte.

A su regreso, el avión inglés divisó a un bombardero enemigo que se dirigía a Escocia. El piloto entabló combate, pero una bala lo mató delante de su mesa de a bordo. Willits asumió el mando, y prosiguiendo la lucha tuvo la suerte de abatir el bombardero y de conducir intacto su aparato hasta la costa inglesa, a pesar de haber tenido que sostener durante la última etapa del vuelo el cuerpo del piloto.

Reintegrado a su base y propuesto para una mención, era de creer que correría a informar de su proeza a los suyos. Pero no hizo tal. Disfrutó de un permiso, y durante ese tiempo no habló a sus familiares una sola palabra sobre el hecho realizado.

El rey Jorge VI condecoró al bravo muchacho, de oficio pasante de procurador y soldado voluntario desde el comienzo de las hostilidades. Fue menester esta circunstancia especial para que la familia Willits conociera los detalles del brillante hecho de armas.

*No jactarse de nada; obrar sin hablar. ¡Cuán raro es eso! Mas, ¡qué sorpresa, qué refrigerio, cuando tardíamente se nos revela una hazaña hasta el presente ignorada y acerca de la cual había guardado silencio el héroe — héroe de la vida militar, héroe, más glorioso todavía, de la santidad!*

Puede afirmarse, sin temor a errar, que una de nuestras mayores alegrías al llegar al cielo consistirá en descubrir, extrañados, la valentía de un sinnúmero de almas virtuosas que han querido vivir ignoradas, y en poder testimoniarles nuestra tardía admiración en un tono vibrante e impregnado de gentileza.



Seré valiente según la medida de mi deber... y, a ser posible, un poco más.

¡Y que no se sepa nada!

## El dinero

Si hay quien trabaja por la gloria, la mayor parte de los hombres trabaja por el dinero, y en este caso la gloria no sirve sino de añadidura. Jesucristo nos dice: «No os angustiéis por adquirir los bienes de aquí abajo que la carcoma y la polilla roen a porfía; trabajad por las cosas de allá arriba...»; pero son innumerables entre los humanos los que sólo persiguen el dinero.

No quiere esto decir que tengamos que despreciar una *justa retribución* del trabajo ejecutado, ni mucho menos —volveré más adelante sobre esto—, un discreto *ahorro* para el tiempo de la escasez, que nos permita allegar un modesto caudal para los que vendrán después de nosotros. Lo que hace falta es *desterrar todo exceso*, negarse a vivir en una incesante obsesión de lo superfluo, *no* de lo necesario o de lo útil. ¡Cuántos viven en continua zozobra cotidiana por no poseer lo suficiente! No hemos de reprochárselo, antes debemos remediar su indigencia procurándoles una **i** mejor condición Social.

Muchos novelistas han hecho ya la crítica del *dinero superfluo*. Pero habrá de hacerse perpetuamente, porque los hombres, en cualquier régimen social o económico en que les sea dado vivir, jamás se darán por satisfechos. Los que no posean, desearán poseer; los que posean, desearán poseer más. Las nivelaciones más afortunadas no lograrán suprimir en mucho tiempo ese afán del individuo humano.

Uno de los más irónicos de dichos novelistas habla así: «El dinero no os pertenece a vosotros, sino al demonio, quien noche y día está sentado, en su despacho, detrás de sus sacos de oro para el tráfico de las almas humanas. No os apeguéis demasiado tiempo a la sucia moneda que deposita en vuestra mano; deshacedos de ella cuanto antes, si no queréis que el metal maldito os queme los dedos, penetre en vuestra sangre, os ciegue los ojos, os inficione la mente y os endurezca el corazón. Echadlo en el cepillo de las Hermanitas de los Pobres o en la cloaca más próxima, que éste es su verdadero sitio. ¿Para qué amasáis el dinero? Al fin y al cabo os será quitado.»

Con gran acierto advierte el autor qué no hay necesidad de dinero para procurarse las cosas *verdaderamente preciosas*. «Todo lo que es útil de verdad puede adquirirse a poco precio; únicamente lo superfluo se vende a precios elevados. Todo lo que es hermoso de veras no está puesto en venta, sino que se nos ofrece como un don por los dioses inmortales. Nos es dado contemplar la salida y la puesta del sol, las nubes vagando por el cielo, las selvas y los campos, el mar maravilloso..., y todo eso sin gastar un céntimo. Los pájaros cantan de balde por nosotros, tenemos derecho a coger las flores silvestres del borde del camino por donde nos paseamos. No hemos de pagar entrada para colocarnos bajo la bóveda del firmamento tachonado de estrellas.»

Por lo que hace al dinero y a lo que con él podemos procurarnos, pensemos en los cataclismos que se vienen sucediendo; una guerra o una revolución, cuando no ambas cosas a la vez, dan al traste con el dinero; lo reducen a polvo, como para enseñar a los hombres que no supieron librarse del exagerado apego a los bienes terrenos el *valor de los bienes de este mundo*.

Puedo hacer algo mejor que dar oídos a un moralista mundano, aunque de excelente sentido común. Tengo el Evangelio, y en el Evangelio las Bienaventuranzas, y en las Bienaventuranzas la primera de todas —tan expresiva y tan fácil de comprender: — *Bienaventurados los pobres de espíritu*.

## Endeblez del dinero

«Tras veinte siglos de cristianismo, exclama el médico incrédulo del *Diario de un Párroco rural*, no habría de avergonzarse nadie de ser pobre. De lo contrario habéis renegado de vuestro cristianismo.»

¿Soy como todo el mundo? ¿No he creído *demasiado en el dinero*?

Este puede no ser inútil en sí. Recordemos que Nuestro Señor declaró que la verdadera pobreza es, sobre todo, de espíritu.

Mas, ¿no he puesto en la posesión de los bienes de la tierra un apego digno de una causa mejor?

He de sacar del dinero una filosofía juiciosa.

La *verdadera riqueza* no está en la posesión, sino en el esfuerzo por la adquisición, lo que equivale a decir que el dinero es más útil cuando no se tiene que cuando se posee. Si no se le posee, uno se siente impulsado

por él al trabajo, y en este sentido tiene un valor moral. De ahí que, bajo este aspecto, los novelistas justifiquen su valer y los economistas reconozcan la legitimidad de la tendencia a la propiedad individual. Jamás se evitará, sea cual fuere el régimen que impere, el ansia de poseer. Es el gran estímulo del progreso general. Mas, para ser lícito, es preciso que propenda no a la posesión egoísta, sino al bien de todos.

La *gran endeblez del dinero* consiste en que, una vez poseído, se pierde la gran riqueza, esto es, el deseo de emplear las propias fuerzas para aumentar el caudal común. ¿De qué sirve poseer, si la posesión provoca el estancamiento, el anquilosamiento, la supresión de la actividad y del dinamismo humano? La experiencia enseña que el esfuerzo por poseer ha desplegado al hombre y que, en cambio, el poseer le ha anulado con frecuencia.

Se ha arrollado dentro de su capullo. Se es capaz de todo cuando no se posee. Cuando se posee, es fácil no ser capaz de cosa alguna. Donde impera el *conservadurismo* no hay marcha hacia adelante. Como se ha escrito muy acertadamente, es más fácil llegar a ser rico que permanecer tal. El dinero es incapaz de permanecer inmóvil. Si se inmoviliza, se disipa en la nada.

Si el dinero hace a uno fácilmente egoísta, puede impulsar *a otras fechorías*.

El *gasto inútil*. En la comedia de Goncourt, *Enriqueta Maréchal*, de la época de Napoleón III, el marido dice a su esposa para descubrirle los devaneos de Trouville: «No sé de dónde se saca el dinero; nadie tiene cincuenta mil libras de renta, y todo el mundo las gasta.»

El deseo de *adquirir por todos los medios*. «Se puede comprar cualquier cosa —a mí, por ejemplo— con un buen cigarro», confesaba un cínico. Y otro, porque le parecerá que una compra no es suficientemente ventajosa, negará su propia firma. «Usted estaba conforme. — Sin duda, pero las condiciones han cambiado. — Usted estampó su nombre en el contrato. — No era mi verdadera firma.»

Todos sabemos que esto se ha ocurrido más de una vez.

Se comprende muy bien que semejantes modos de obrar hayan provocado algaradas contra los detentores del dinero. La posesión de los valores materiales ha matado muchas veces el valor moral. Nada fomenta tanto las revoluciones.

Reflexionaré sobre todo esto. Las *grandes agitaciones* obedecen siempre a *causas morales*. La fidelidad al Catecismo impediría muchos desastres.

Impregnaré siempre las cosas temporales en el espíritu del Evangelio. En él únicamente se halla la salvación.

## Ante el espejo

Una mujer de sentido común ha escrito:

«Muchas veces he hecho el siguiente cálculo: entre emplear *tres o cuatro horas* en acicalarme, o sólo *media hora*, ¿qué diferencia habrá al final de la jornada, si no es la del tiempo perdido? Por lo común, no estaré mejor peinada, no seré más hermosa ni se me tendrá en mayor aprecio. Si empleo más tiempo para atraer las miradas de los indiferentes o de los malévolos, o bien para ser aplaudida, y lo consigo, no podrá ser más ruin el resultado. Después de todo, al recogerme por la noche, he de quitarme esos arreos, despojarme de los vestidos, desabrochar los zapatos y volver a mi estatura; en una palabra, he de recobrar mi talla natural, por vulgar o poco agraciada que ella sea.»

«Una mujer de buena fe habrá de convenir en que las tres cuartas partes del tiempo y dinero que emplea son cosa perdida; con menos cuidados lo podría pasar exactamente igual, ya que nadie se ha de fijar en los detalles de su atavío, nadie va a analizarlo como no sea para criticarlo. He ahí una comprobación que no puede dejar de parecer muy amarga: la idea de que tantos esfuerzos quizás han dado por resultado *ponerse en ridículo*.

¿*Qué pretende* quien emplea muchas horas en acicalarse?

*Agradar.*

Sin duda. Mas, ¿*a quién?*

¿A las demás mujeres? «No lo conseguirá; antes al contrario provocará sarcasmos o envidia, y dará lugar a que se la critique despiadadamente.»

¿*A los otros hombres?* «¿Cómo se explica esto, si no es por un fin inconfesable?»

¿*A su marido?* Puede conseguir lo mismo sin necesidad de consumir ese tiempo precioso. El marido que desea que su mujer sea hermosa, debe también desear, si no es un tonto, que lo sea con los menores gastos posibles, esto es, con el menor gasto de dinero y con el menor gasto de

tiempo. Un marido cuerdo se huelga de que su mujer vista con gusto, pero no de que sea frívola. Se duele, esto sí, de que su hogar no esté mejor arreglado, o de que su compañera no ponga más esmero en cultivar su espíritu, en hermosearse intelectual o espiritualmente, en ocuparse de los hijos, en tomarles las lecciones o enseñarles el Catecismo. ¿Es posible que, habiendo tantas y tan hermosas tareas urgentes, no piense una mujer sino en dedicar el tiempo a una vanidad ridícula?

Lo necesario, no más de lo necesario, y en la medida necesaria. Tal es la regla.

¿Quién es, en efecto, ese personaje legendario que se mira al espejo y retrocede aterrado al ver en él no su silueta viviente, sino una *figura cada-vérica*, de carnes roídas y verdosas? Lo que será de aquí a pocos años.

Muchos leen esto, y no paran mientes en ello, o lo encuentran de mal gusto. «Fijaos bien, quieren hacernos pensar en la muerte. Ya habrá tiempo para pensar en las últimas horas de tocador. Dejemos para mañana los asuntos tristes.» Y se alejan bromeando.

Toleraré que el espejo me informe acerca de lo que un día habrá de suceder.

## Comedimiento en las palabras

En las *Epístolas del apóstol Santiago* se nota un empeño por obtener del cristiano la *discreción en el hablar*.

Templo viviente del Señor, el bautizado sólo debería hablar según demandan el deber de estado, la caridad, el apostolado y una expansión necesaria o útil. En el resto del tiempo puede hacerse algo mejor que hablar con la gente de fuera. ¿No hay que buscar la coyuntura de conversar en el silencio con el *Huésped de dentro*?

Si uno es invitado a hablar, sólo debe acceder a ello si verdaderamente tiene *algo que decir*. Del poeta simbolista Mallarmé ha podido observar Gide, calificándolo de costumbre rara: «Cosa extraña: pensaba antes de hablar».

Trabajaré por merecer un elogio semejante.

Lo que da a muchos un aparente aplomo es la costumbre de hablar de todo, sin «saber». Si «supieran», estarían, evidentemente, más atentos, porque les convendría no mezclar la verdad con falsedades, y esto abriría saludables brechas en su garrulería.

Durante un concierto dado por Liszt, Enrique Heine se encontró con Teófilo Gautier, próximo a partir para España. No sin malicia le preguntó: «¿Cómo se las arreglará usted para hablar de España cuando haya ido allá?»

Es cierto, por otra parte, que muchos — esto se afirma principalmente de las mujeres — no necesitan establecer ningún contacto con la realidad para hacer largos comentarios. La sensibilidad y la imaginación de algunos —o de algunas— son tan fértiles, que con ellas tanto los unos como las otras construyen verdaderas historias o —y es lo más frecuente— verdaderas novelas a base de unos datos insignificantes.

En un cuento de Andersen, una gallina blanca que se había dejado caer una pluma, exclamó donosamente: «Cuanto más me desplumo, más hermosa me torno».

Las vecinas creyeron que se desplumaba para ser hermosa. El búho entendió que una gallina descocada osaba desplumarse en presencia del gallo. Refirió el hecho a la lechuza. Esta contó a las palomas que una gallina se había arrancado todas las plumas para agradar al gallo, y que se hallaba en trance de morir de frío. Las palomas repitieron que dos gallinas, desplumadas por amor, habían muerto de una pulmonía. El gallo contó que tres gallinas habían muerto de amor.

Los murciélagos explicaron que cinco gallinas se habían arrancado todas las plumas para que se viera cuál había adelgazado más por amor, y que todas ellas habían muerto.

La Fontaine dice algo parecido en alguna parte. La moraleja se presta siempre a ser meditada.

En efecto, resultado deplorable de la intemperancia del lenguaje suelen ser el *juicio temerario*, la *maledicencia*, la *calumnia*...

«El que no peca con la lengua, afirma Santiago, está muy próximo a la perfección si es que ya no la ha alcanzado.»

Por la distancia en que me hallo de la perfección calcularé el caudal de moderación que debo poner en mis palabras.

## **Guardar un secreto**

Una de las razones por las cuales la Iglesia romana exige a sus sacerdotes el celibato es, juntamente con la necesidad de una mayor

holgura en el ejercicio del ministerio y la dignidad del trato eucarístico, la *discreción necesaria* después de haber oído a los fieles en confesión.

¿No se correría el peligro, dada la intimidad del hogar, de soltar en forma de reticencia o de otro modo alguna de las cosas oídas en tono confidencial? Un «pastor» puede estar casado, puesto que no confiesa. Es preferible que el sacerdote no lo esté, puesto que oye confesiones.

Dirá alguno. ¿No vienen obligados también al *secreto* el abogado o el hombre de leyes y el médico? Sin embargo, se casan, y sería vilipendio el imaginarlos capaces de una falta de discreción.

No es lo mismo. En la hipótesis, que no se verifica, de una indiscreción por parte del médico, el objeto de ésta no pasa de ser un defecto físico. El abogado o el hombre de leyes pueden ser puestos al corriente de unos defectos morales; mas, sobre no ser éste el aspecto que están llamados a juzgar, la mayor parte de las confidencias que se les hacen no afectan, al menos directamente, a la conducta moral. Trátase de una pared medianera, de una herencia y de otras cosas por el estilo, en las que, si interviene la moral, es más bajo el aspecto de la justicia que de las costumbres. Y no digo esto con ánimo de rebajar el mérito del secreto que reclaman esas profesiones y otras parecidas.

Este secreto ha de ser absoluto. Es verdad que no es *sacramental*; pero está rigurosamente prescrito. Ni abiertamente ni por alusión debe ser quebrantado. El cliente tiene derecho a una reputación intacta, y no puede revelarse nada, estando a la mesa con la familia, de lo que se confió en el despacho del magistrado o en el gabinete del médico.

Además del secreto «sacramental» del sacerdote y del secreto «confiado» del profesional, existe el secreto *reclamado por el derecho natural*.

En este caso, si se prevé que la revelación de la confidencia causará un *grave pesar* a la persona que la hizo, constituye *materia grave* de pecado.

No hay que limitarse a una ligera discreción en estos casos. Hay que observar siempre una gran reserva en orden a propalar una noticia, sobre todo si ha sido confiada con el deseo de que se guarde el secreto acerca de ella.

No incurramos en esta inconveniencia tan a menudo anatematizada, aunque en vano, por desgracia, en la mayoría de los casos.

«— Juanita me ha dicho que usted le dijo que yo le dije que no se lo dijera.

»— ¿Cómo es eso? Yo le dije que no se lo dijera.

V

»— Pues, mire usted, me lo ha dicho. Mas, como yo le he prometido que no lo diría a usted..., no se lo diga.»

Si prefiero conservar mi libertad, *me abstendré de escuchar*. Si accedo a escuchar, callaré, a no ser que se trate de cosas fútiles, como el secreto de Anchuelos.

Lo que lo salva todo es que, en general, no se tratará sino de eso.

## Confianza en Dios

Tiemblo ante los dolorosos acontecimientos que me rodean.

Indudablemente sé muy bien, *en teoría*, que Dios está ahí, y que no permitirá cosa alguna que no sea para mi bien. Pero *en la práctica* me falta seguridad, me falta calma, y me porto como si Dios no estuviese ahí o no se cuidase ya de mí.

He leído en alguna parte que una mujer, viendo a su marido presa de inquietud a causa de la penuria por que atravesaba la casa, después de haber empleado en vano todos los medios para alentarle, recurrió a la siguiente estratagema: Simulando una terrible fatiga, se hundió en una butaca, y manifestó que en adelante rehusaría todo trabajo y todo alimento. «¿Qué tienes?, le preguntó su marido. — He tenido un sueño que me ha quitado los ánimos. He soñado que Dios había muerto, y que los ángeles, deshechos en lágrimas, asistían al entierro. — ¿Y tú crees en semejantes sueños? ¿Es posible que muera Dios? — ¿Qué estás diciendo? ¿Dios vive siempre? — Sin duda alguna. ¿Pero has podido caer en semejante desatino? — Pues si Dios todavía vive, ¿por qué no tienes ya confianza en El?»

Realmente, si Dios vive siempre y sigue siendo lo que es, a saber, la misma Omnipotencia, y por añadidura la misma Bondad, ¿es posible que me abandone a la menor inquietud; que en los trances dolorosos de la vida me porte prácticamente como si Dios hubiese muerto?

*Dominus meus vivit*. Dios está vivo. Dios, que es mi Dios y que, por lo tanto, piensa en mí, se ocupa de mí no solamente en general, sino también en particular. Lo penetra todo y lo ve todo. Es infinitamente



bueno. Es infinitamente misericordioso. Y, para colmo, es *mío*. ¿Qué he de temer?

Dios *mío*, todavía estoy falto muchas veces de confianza. No os tengo bastante presente. Estáis *al lado* de mi vida, pero no estáis *dentro* de mi vida. Como estáis al lado de mi vida, tengo la impresión de que estáis *lejos* de mi vida; tan por *encima*, que mi vida prácticamente se desenvuelve del todo sola y como fuera de vuestra mirada, lejos del suavísimo influjo de vuestro Corazón sobre mi existencia de cada instante.

En realidad estáis muy cerquita de mí. Pero de poco sirve esto a mi piedad, y sólo medianamente conforta mi apocamiento si dicha proximidad es para mí como inexistente.

Debo hacer que lo que es, sea; que la realidad de vuestra presencia, tan próxima y tan cercana, se convierta para mí en una realidad.

Si alguna vez me entrego a la práctica de la meditación, ¿Por qué no he de inspirarme en algunos de los más hermosos salmos que mueven a la confianza? *In te speravi. Deus meus, quare dereliquisti me?* ¿Por qué no he recurrir a ciertas páginas del Evangelio?

Ahí está Pedro. Camina por encima del agua, y todo marcha bien. Avanza como por tierra firme, sin pensar siquiera en la singular protección de que es objeto. Tiene fe, y se aguanta. De pronto, empieza a temblar: «¿Dónde estoy?

¡Extraña situación la mía! ¿Y si se entreabre el agua y no sigue protegiéndome la diestra de Dios?» (Mat. 14, 30).

Yo también avanzo; la tierra está firme debajo de mis pies. ¿Por qué me he de imaginar que ya no podrá sostenerme? ¿Por ventura no está el Maestro junto a la orilla? ¿Por qué he de temer?

Nuestro Señor repite insistentemente en el Evangelio que es preciso *conservar la paz* en el interior, suceda lo que suceda. «No se turbe vuestro corazón».

«Repetidme a menudo estas palabras, Jesús mío; enseñadme a no temblar jamás.»

## **Dios en los acontecimientos**

Se ha podido decir: «Los acontecimientos son Dios...» Y también: «Los acontecimientos tienen un *cuerpo* que los hace parecer adversos o

peligrosos; pero tienen también un *alma*, y es la orientación que Dios les imprime.» Podemos añadir todavía este pasaje: «No es necesario que los acontecimientos nos lisonjeeen para que nos sirvan.»

¡Cuán verdadero es todo esto! Dios lo dirige todo; quiere lo que es bueno y permite lo que es malo, y siempre *para nuestro bien*.

Evidentemente, cuando todo marcha en sentido agradable, no nos cuesta mucho reconocer a Dios en cada acontecimiento —aunque la mayor parte, deteniéndose en el acontecimiento, en el *cuerpo* del acontecimiento, *se* olvidan a menudo de remontarse hasta el alma del mismo i hasta Dios —; mas cuando el acontecimiento se nos muestra adverso, todo se rebela en nosotros; quisiéramos que Dios encadenase el mal, abozalase la tormenta, impidiera la catástrofe, limitara — a ser preciso con un milagro — las consecuencias de nuestros orgullos, de nuestras liviandades, de nuestras ligerezas...

Ese joven, a pesar de los consejos, se relaja y contrae una penosa enfermedad. Se insiste cerca de Dios para obtener la curación... ¡Pronto está dicho eso! Un volcán destruye una ciudad, y ésta es reedificada en el mismo paraje. Vuelve a estallar el volcán... ¿Tiene Dios la culpa de que se produzcan ciertas muertes?

¿No siento demasiado la tentación de *atribuir a la Providencia* unas consecuencias enojosas que yo *he contribuido a provocar*?

Y si yo para nada he sido parte en el doloroso acontecimiento que sobreviene, ¿tengo bastante fe y esperanza, tengo el amor de Dios suficiente para someterme?

A la muerte de la reina Astrid, el Papa envió un telegrama al rey Leopoldo III, tan dolorosamente herido en su amor. Y el rey de Bélgica contestó con una fe incomparable: «Inclinándome ante los designios de la divina Providencia...»

Si Dios quiere servirse de mí para el bien de los demás, ¿soy bastante humilde para reconocer que no he sido sino un *instrumento*?

Lo que sigue sucedió también en Bélgica. El mariscal Foch se encuentra con el cardenal Mercier. El prelado felicita al afortunado militar. Foch contesta simplemente: «No somos todos otra cosa que unos instrumentos de la Providencia.»

Y si Dios me conduce por unas rutas que me desorientan, ¿tendré bastante firmeza para no *dejarme desorientar*?

Eugenia de Smet, que más tarde, como fundadora de las Religiosas Auxiliadoras de las Almas del Purgatorio había de tomar el expresivo nombre de Madre María de la Providencia, decía bondadosamente: ((Cinco cosas había temido: abandonar a mi familia, fundar una comunidad, carecer de lo necesario para mis hijas, contraer deudas y ser atacada de un cáncer... Y las cinco me han sobrevenido.))

En estos tiempos, sobre todo, tan agitados y en los que es difícilísimo prever el porvenir —tras un pasado tan terrible—, ¿cuál es mi confianza en la Providencia? En cualquiera circunstancia me acordaré de las palabras que tantas veces he leído o he cantado en el himno del Santísimo Sacramento, *Lauda Sion*: «*Tu, qui cuncta scis et vales*. Oh Dios, que lo sabéis todo y lo podéis todo...»

Me apoyaré en esta certeza, y diré cada día con una fe creciente: «Padre nuestro, que estás en los cielos...; el pan nuestro de cada día danosle hoy»; el del cuerpo y, sobre todo, el del alma. Pongo mi confianza en Vos. A Vos me abandono.

## Contar con Dios

Hazlo todo, sugiere San Ignacio, *como si* no contaras con el auxilio de Dios; hazlo todo *como si* el resultado hubiese de atribuirse a solo el auxilio de Dios. En otras palabras: aporta el *máximo esfuerzo*, «ayúdate». Y cuando hayas puesto tu máximo esfuerzo, piensa que la *gracia de Dios* lo ha hecho todo: «el Cielo te ayudará». Esto es lo que, según dicen las leyendas del Islam, explicaba el Profeta a un beduino que había dejado su camello a la puerta sin haberse tomado la molestia de sujetarlo, y que, al salir, no encontró al animal. «Conté con Dios, y he perdido mi cabalgadura.» Respondióle el Profeta: «Debías haber contado con Dios y sujetar al camello».

El *sentido común* está de acuerdo con el Profeta. Y es cosa buena proceder siempre de conformidad con el sentido común. Es un error para un pueblo el descontar la victoria y cruzarse de brazos aguardando que ésta venga sola, como lo es en un futuro bachiller el omitir el trabajo y suponer que una novena hecha a última hora en honor de San José de Cupertino o de otro abogado de los casos desesperados le sacará del atolladero.

Hay que ir *hasta el fin* por el propio esfuerzo para encontrar a Dios. Nada tan cierto como el poder milagroso de la oración. Por eso el santo varón de Tours, señor Dupont, se extrañaba que no se pusiera más

insistencia en las peticiones dirigidas a Dios. «Se ora, decía, como si no se deseara obtener nada. Hay que hacer violencia a Dios.» Nuestro Señor en persona se lamentaba de la tibieza de muchos en la oración:

«Hasta el presente no habéis pedido cosa alguna.» Dejamos sentado que la oración no lo hace todo, y que no tiene por finalidad el suplir las negligencias consentidas por la voluntad humana.

Hay que *sujetar al camello*. Cuando uno ha aportado leal, generosa y perseverantemente todo su esfuerzo, tiene derecho a esperar que Dios, si se lo pide, no le negará su auxilio. Decía San Agustín: «Dios, que te creó sin ti, no te salvara sin ti.» Con esto denotaba la intervención de la libertad humana en la obtención de las gracias. En efecto, lo que se puede decir de la salvación, se puede decir asimismo de cualquiera de los favores que se desean. Estos no nos lloverán del cielo sin nuestra cooperación.

Confianza *en sí* mismo y confianza *en Dios*.

«Haced, Dios mío, que comprenda la razón de esta doble confianza; que tenga siempre valor para *aportar todo mi esfuerzo*, así se trate de mi familia y de mis hijos, como de mi profesión. Haced, al mismo tiempo, que *sólo cuente con Vos*, con cuya ayuda llevaré a cabo todas mis tareas. Muchas veces me siento desanimado; me parece que no logro nada de mi esposa (de mi esposo) o de alguno de mis hijos. Me parece que mis empresas no prosperan como sería de desear, que no sé dirigir las bien, que el fracaso es el fruto general de mis esfuerzos. Haced que mire con cariño mi obra, que acierte a suprimir las causas del escaso rendimiento según la medida en que creo conocerlas, y que marche adelante a pesar de las dificultades, esperando que Vos fecundaréis mis pobres pero generosos esfuerzos.»

## **Ayudar a la Providencia**

*Contar con Dios.*

Esto no quiere decir que no deba contar conmigo. Si es verdad que debo esperar con toda seguridad y confianza la ayuda de Dios,

que al pajarito da su menester  
y extiende su bondad a todo ser,

no lo es menos que debo emplear *todos los medios de que disponga*, a fin de evitar que Dios tenga que recurrir al milagro para ayudarme, cosa que, por lo general, no entra en sus designios.

Se cita el dicho humorístico de dos estudiantes a propósito de un compañero suyo, que, a pesar de su notoria pereza, había salido airoso del examen. «Es hombre de una prontitud fulminante. Perezoso como él solo, pero siempre en su lugar cuando llega el momento.» No hacían con esto el elogio de la pereza, sino *del triunfo sobre la pereza*, vencida por los esfuerzos de última hora. ¡La Fontaine en entredicho! No es la tortuga que sale tempranito y a pesar de su marcha lenta llega la primera a la meta; es la liebre, quien, habiendo perdido las tres cuartas partes del tiempo, pone tensos sus músculos a última hora, y con cuatro brincos logra ganar la copa.

Concedo que puede haber algún afortunado; mas, por lo común la única cosa «fulminante» es el resultado negativo de la carga de última hora. Se ha tentado a la Providencia, se ha descuidado el deber de estado y, para terminar, se ha contado con la suerte, dando por descontada la bondad de Dios. *La suerte no ha aparecido*, y la Providencia no ha picado en el anzuelo. Uno ha quedado fulminado en el sentido propio de la palabra.

¡Cuántos, por ejemplo, dejando de llevar la vida conveniente aceptan el pecado, establecen pactos con el deber, practican únicamente de vez en cuando e interpretan a sus anchas la moral y la disciplina de la Iglesia, figurándose que *a última hora* se recobrarán!... Dios, piensan ellos, es molesto para vivir y útil para morir. En aquel momento implorarán su ayuda. Dios a sus órdenes, Dios obligado a condescender con su buena, digo con su mala voluntad. Y en el postrer minuto ¡sorpresa!: un accidente de aviación, de ferrocarril o de automóvil, una embolia repentina..., sin tiempo para volver en sí.

Hay que *ayudar a la Providencia*, que está deseosa de intervenir en beneficio nuestro. Pero se le ha de ofrecer la posibilidad de intervenir. Es indudable que Dios, siempre misericordioso, puede enviar, aun a quien lo ha desechado, un auxilio «in extremis». Pero, ¿viene obligado a ello? Es preciso ayudarle.

Y lo que es cierto para el último momento, no lo es menos para cada momento. El gobierno de la Providencia es una asociación del hombre y de Dios, de Dios y del hombre. A ninguno de los dos incumbe hacerlo todo por sí solo. Es menester que haya *colaboración*.

¿Soy un buen colaborador de Dios?

«¡Oh Providencia, que bien merecéis el calificativo de irreprochable! Me siento pequeño en vuestras manos, pero también grande a la vez. ¿Qué sería yo *sin Vos*? Vos, por vuestra parte, os habéis allanado a no poder hacer todo cuanto querríais *prescindiendo de mí*. Ayudadme a ser en vuestras manos un instrumento dócil y consciente de vuestra acción en el mundo. Haré todo cuanto pueda por ayudar al cumplimiento de vuestros designios.»

## El tiempo y las desazones

Hay algo de verdad en las palabras de Madame de Sevigné cuando dice que, en punto a desazones, el tiempo quita tanto como da; basta tener paciencia.

Un hombre de leyes se extrañaba que un gran obispo, en medio de una grave dificultad de orden administrativo, hubiese podido conservar su serenidad, y aun le hubiese sido posible hallar una solución amistosa, cuando todo parecía irremisiblemente perdido.

«— ¿Cómo se las ha arreglado, Monseñor?

»— He confiado el asunto a mi tercer Vicario general.

»— Monseñor, yo tenía entendido que Su Excelencia solamente tenía dos Vicarios generales.

»— Pues, ¡mire usted!, tengo un tercero, que es el *tiempo*. El arregla muchas cosas.»

Difícilmente encontraríamos una mejor apología de la *virtud de la paciencia*.

Ha habido un muerto en esta casa. Los familiares están inconsolables. Hoy, desde luego. Y también mañana, y pasado mañana. Y si queréis, por espacio de ocho días, de un mes, de un año. Pero esperemos. El tiempo, gusano bienhechor, va royendo el dolor inconsolable. Y uno queda, a veces, estupefacto ante la brevedad de los pesares *eternos*. ¿No fue el príncipe Luis Napoleón quien, al ser internado en el fuerte de Ham después de su arresto en Bolonia, contestó al carcelero que le expresaba su dolor por la prisión perpetua a que había sido condenado: «¿Cuánto tiempo dura entre vosotros la prisión perpetua?»

Así es, en efecto; *en la tierra la eternidad sólo dura algún tiempo*. Al menos, es esto lo ordinario.

Si el tiempo posee tanta fuerza, es porque tiene por aliada la memoria, *esa facultad de olvidar*.

Al principio, el espíritu estaba repleto de imágenes siniestras. El recuerdo de la catástrofe estaba muy cerca y lo barría todo. Pero poco a poco se fueron introduciendo hábilmente otras imágenes. Fue menester dedicarse a las ocupaciones ordinarias y pensar en cosas distintas de la que ocupaba la mente. De lo más hondo del alma fue emergiendo poco a poco una neblina, a la manera que emerge del mar la niebla precursora del crepúsculo, y se esfumaron los recuerdos. No obedeció ello al hecho de haberse cerrado el corazón, sino al de que la memoria desempeñó su papel, esto es, fue olvidando de una manera progresiva. Únicamente Dios conserva todas las cosas en un presente eterno.

Es una suerte que así sea. El alma estaría, en efecto, repleta de sinsabores si, a medida que irrumpen éstos en ella, no se alejaran ya y se fueran acumulando. Un clavo saca otro clavo. Bienaventurado el tiempo, que usa de todo y no conserva nada intacto.

Hay también la *costumbre*. Un mal, a fuerza de prolongarse, se atenúa muchas veces; todo lo que ha pasado ya no tendrá que soportarse. Hasta cierto punto uno se acostumbra a todo, lo cual es también un beneficio de Dios.

Contaré, más que con todo eso, con la *virtud de la paciencia*. La pediré a Dios insistentemente. Me esforzaré día tras día en practicarla. Dejaré a Dios el cuidado de enviarme las pruebas que El estime convenientes. Con tal que me otorgue su gracia para sobrellevarlo todo, me abandonaré en sus manos.

## **Las manos que se tienden**

Pueden tenderse nuestras manos, nuestras pobres manos, para la *aceptación*, para la *súplica* y para el *ofrecimiento*.

Así lo representó un artista en un bellissimo tríptico.

En el primer compartimiento aparecen la figura del Padre, en la cúspide de la ojiva, y, elevadas hacia El, *dos manos juntas* en actitud de abrirse hacia arriba. La oración escrita al pie sugiere estas palabras: «Oh *Padre*, que sois Dios, vedme aquí tendiendo mis manos para aceptar y recibir los sufrimientos como un don vuestro.»

En el compartimiento del lado opuesto se ve la imagen de Jesucristo. Hacia el rostro del Salvador crucificado y coronado de espinas se elevan *dos manos estrechamente unidas* en una súplica que deja adivinar que es ardiente y de la que da idea esta inscripción: «Oh *Hijo*, que sois Dios, vedme aquí juntando mis manos para guardar mis sufrimientos como un tesoro y llevarlos conmigo.»

El compartimiento del centro deja entrever al Espíritu Santo bajo el clásico símbolo de la paloma. Aquí ambas manos se *levantan para ofrecer*. El texto dice: «Oh *Espíritu Santo*, que sois Dios, vedme aquí elevando mis manos para ofrecer mis sufrimientos como un sacrificio y para ofrecerlos por vuestra mediación.»

A lo largo de los tres compartimentos se lee esta fórmula que lo resume todo: «Oh Santísima Trinidad, por Jesús y en Jesús puedan mis sufrimientos tributaros todo honor y toda gloria.»

Voy a interpretar por mi cuenta esta triple invocación.

*Aceptar.* Oh *Padre Santo*, habéis querido probarme. Envuelto como todo hombre en el tremendo torbellino, lo he perdido todo: mi posición, gran parte de mi hacienda, hijos, la carne de mi carne. ¿Qué va a ser para mí la vida en adelante?

He orado una y otra vez, y me he arrastrado por debajo de todos los olivos del Huerto de la Agonía. Vuestro Hijo fue allá una sola noche; yo he ido muchas veces, y mi sangre ha ido tiñendo a trechos el suelo, hasta cambiarle enteramente el color. Sé que la agonía de vuestro Hijo fue infinitamente mayor que la mía, y por eso no la comparo a ella. Enseñadme, oh Padre, a pronunciar como El mi Fiat.

Sí, Padre, Padre divino: acepto. Es duro, pero acepto.

«Oh *Jesús*, elevo hacia Vos *mis manos suplicantes*; dadme que pueda llevar la cruz que vuestro Padre cargó sobre vuestros hombros. Vos erais el Hijo de Dios; Vos erais fuerte. Yo, pobre de mí, soy débil; soy muy débil. Si Vos, que erais fuerte, desfallecisteis varias veces en el camino, pensad de qué soy capaz yo, que soy tau flaco. No puedo más; me arrastro. Quisiera servir de Cireneo, pero no podré hacerlo si antes no ejercitáis conmigo el oficio del complaciente Simón. Ayudadme, para que pueda ayudaros a Vos.

»Y Vos, *Espíritu Santo*, vedme aquí tendiendo mis manos hacia Vos para *ofreceros* todo mi modesto caudal de lágrimas y sacrificio. He aceptado lo que el Padre se dignó enviarme; me he unido a los



sufrimientos del Hijo; quiero que por Vos, oh Espíritu Santo, todo se remonte al Padre. Quiero entrar con toda el alma en ese cielo, para honra de la Santísima Trinidad. Por Jesús, en Jesús y con Jesús, y con el auxilio de vuestra gracia todopoderosa rinda mi vida a la divina Trinidad todo el honor y toda la gloria que de mí espera. Amén.»

## ¿Corona o yugo?

Un moralista ha escrito: «Podemos llevar aquello que hemos de soportar como una corona o como un yugo. El que lleva sus penas como una corona, se ennoblece; el que las lleva como un yugo, sufre como el buey de labranza, de mirada vaga y ojos inyectados en sangre, el cual camina bajo el yugo esperando el próximo trallazo. El que anda con la frente coronada de espinas es un rey, aun cuando su corona de espinas sea tal que le lastime las sienas.»

Se puede sufrir *a lo estoico*. Se puede sufrir *a lo rebelde*. Se puede sufrir *a lo cristiano*. Se puede sufrir *a lo santo*.

Las dos primeras formas de sufrir no Son dignas de nosotros. La tercera es exigida a todo aquel que profese el Evangelio. La cuarta es la ideal.

En los dos primeros casos el sufrimiento es un *yugo*; en el tercero se trueca en *corona*; en el cuarto adquiere proporciones de *diadema*.

*Actitud estoica*: «Dolor, no eres sino una palabra.» Esto sería muy bello si fuese cierto. El dolor es más que una palabra: es una cruel realidad. Se puede alardear, curvar la espalda, negar que se sea accesible al dolor. Este prescinde de nuestras actitudes. Hierde, lastima, desgarrar. Es inútil toda sentencia. El estoico posee una bravura de mentirijillas o puramente teatral. No engaña a nadie.

Más lógico es, en su género, el rebelde. Este no niega: protesta. No alardea: se irrita. Acusa a las fuerzas siniestras. No emplea un gesto, que él sabe ineficaz, para reducir el sufrimiento. La bestia anda suelta, le acosa, se arroja sobre él, le muerde. El acusa el golpe, pero blasfemando. No dice: «Dolor, no eres sino una palabra», sino: «Dios, no existes», o bien: «Si existieses, serías un verdugo.»

*Soy cristiano*. Acepto la terrible existencia del mal, y al mismo tiempo la suprema bondad de Dios. Me esfuerzo por ver el lazo, el punto

de transición, el puente entre esas dos realidades aparentemente contradictorias. Y ese puente existe: es la Cruz del Maestro.

Entre el sufrimiento humano y la infinidad de Dios se levanta, extendidos los brazos sobre un patíbulo, el «Hombre de en medio», el Mediador, Aquel cuyo esencial destino consiste precisamente en hacernos aceptar lo inaceptable y en levantar en el corazón mismo del Valle de las lágrimas la sagrada eminencia de la Crucifixión por la que adquiere algún sentido toda lágrima humana.

Dios, por una gracia insigne, había creado al hombre exento de dolor. Muerte y dolor entraron en el mundo como consecuencia del pecado. Lo afirma San Pablo y con él todo el dogma cristiano. Ved ahí el oscuro cubil de donde salieron aquellas dos fieras.

Se encarnó el Verbo. ¿Amordazará a las dos fieras? Podría hacerlo. Por dondequiera que pasa, vemos en el Evangelio que, a su palabra, salen los muertos de los sepulcros y los endemoniados recobran fuerza y salud.

Por una invención que nos desconcierta hará mucho más: se prestará a compartir nuestros achaques —padecimientos, muerte— y los sobrellevará, en efecto. A este precio se nos devolvió la vida divina perdida por el pecado de origen.

*Sufrir a lo cristiano* es, ante todo, comprender el plan de la Redención, aceptar lo que era un escándalo para los judíos y una locura para los gentiles.

Entraré en ese plan, y me allanaré a las pruebas que Dios me envíe.

## **Sufrir a lo santo**

Por no hacer el debido aprecio de mi vida divina me siento tentado, a veces, a decir a Nuestro Señor: «En vez de devolvernos la vida divina podríais habernos devuelto la *exención de la muerte y del dolor*. Esto nos habría favorecido mucho más.»

Esto es un claro indicio de que no pienso sino en la tierra. ¡Preferir unos años de felicidad humana a la visión intuitiva!

Jesucristo escogió por nosotros; y escogió mejor de lo que nosotros habríamos hecho; por eso he de fiarme de El. Tanto más cuanto que, para animarnos a aceptar la muerte y el dolor, para que dolor y muerte no fuesen un yugo sino una *corona*, quiso darse a Sí por dechado, a fin de que

supiéramos sobrellevar las pruebas de aquí abajo con los ojos *fijos en su Cruz*.

En el desierto, cuando los pobres israelitas, rendidos de fatiga y pereciendo de hambre y de sed, se ven, por añadidura, atacados de un enjambre de víboras cuyo veneno produce la muerte, Moisés enarbola en medio del campo dos palos en forma de Y griega con una serpiente de bronce encima. Todos los que miran la imagen simbólica bailan paz, remedio y consuelo.

Se erige *la Cruz* dominando el trágico cuadro de las miserias humanas.

¡Oh, si mirase más hacia al Salvador puesto en la Cruz! Más que argumentos capaces de sosegar mi mente, me convence su ejemplo. Este no excluye razones, pero les lleva una ventaja incomparable al depararme el supremo argumento. *Yo* sufro; — *El* sufrió.

*Yo* no puedo más, y suplico a Dios que me aleje o me aligere la prueba; — *El* suplicó a su Padre que le alejara el cáliz.

La hiel es demasiado amarga y la esponja empapada de vinagre me *quema* los labios; — tampoco pudo soportar *El* el infame brebaje de los ajusticiados.

*Mis llagas* sangran, *mi corazón* es traspasado; — miro las *suyas*, contemplo el *suyo*. Todo es igual. ¿Por qué no hemos de entrelazar las dos crucifixiones?

Como medité ayer, esto es sufrir *a lo cristiano*.

Puedo hacer más aún: ejercitarme en sufrir *a lo santo*; no sólo aceptar, sino aceptar *alegremente*, sentirme dichoso por esa semejanza con el Maestro divino; y, sin llegar a rehusar el aspecto doloroso del sufrimiento, lo cual es imposible, reconocer que es un honor el permitirme compartir la cruz, y, en consecuencia, gozarme de haber sido escogido *para ser marcado con los estigmas*.

Gozarme —otro hermosísimo aspecto del problema del dolor— de que mi sacrificio, unido al del Salvador, pueda *procurar gracias de salvación al mundo*.

«Vos, oh Jesús, podíais haber salvado al mundo sin ayuda de nadie; pero os dignasteis reclamarla. Pues bien, me ofrezco a completar vuestra Pasión sagrada. Me encanta la idea de que mis pobres sufrimientos tienen una capacidad redentora. La gota de agua

en el vino del cáliz. Aceptadla: os la ofrezco con todo mi amor reconocido.»

## ¿Santo o mediocre?

Cuando reflexiono sobre el cristianismo de muchos cristianos —y sobre el mío—, especialmente en punto a amor al prójimo, me siento inclinado a la severidad para con nosotros los *fieles* (¡donoso calificativo para una gente *tan poco fiel!*) y a excusar casi del todo a los no cristianos que nos juzgan con dureza.

Nosotros faltamos; es cierto; pero ellos no llevan razón. Carlos Adam, al final de su hermoso libro, *La verdadera visión del Cristianismo*, hace notar muy bien que el campo de la Iglesia en la tierra no puede dejar de producir buen grano. Contiene forzosamente cizaña; contiene forzosamente — lo que es peor — espigas de granos vacíos. Esto coincide con el pensamiento de Péguy: Lo que constituye el gran ejército de la Iglesia militante son los pecadores. ¿Qué sería la Iglesia si no hubiese en ella pecadores? Vivir la perfección del cristianismo será siempre una cosa rara, dada la calidad de la doctrina y moral cristianas y la debilidad de nuestra naturaleza.

Hay los *Santos*, Evidentemente, para ser justos en sus juicios, los adversarios deberían mirarse a sí mismos, y no juzgar la belleza del cristianismo mirando sólo a los *malos cristianos*. Lo único que pueden deducir de esta contemplación es la *deformación*, por parte nuestra, del Jesucristo auténtico, en vez de ser la presentación perfecta de la religión cristiana.

«La Iglesia es divina por su origen y eterna por su principio, pero obra en la tierra y en el tiempo; no vive en las cumbres alejadas del mundo pecador que lucha con sus sufrimientos. Su deber primordial es socorrer a ese mundo; salvarlo para la vida eterna y elevarlo hasta el cielo. La esencia del cristianismo se halla en la unión de la eternidad con el tiempo, del cielo con la tierra, de lo divino con lo humano; no en la separación de tales elementos. Lo humano, lo temporal, no debe condenarse ni ser rechazado, sino iluminado y transfigurado.»

Esto es exacto, sin duda alguna, y condena a los que nos condenan. Pero siempre es verdad que la condenación que ellos formulan es merecida por parte nuestra, al paso que es injusta respecto a Jesucristo.

*Merecida.* Cuando menos, si juzgo por mí, toda vez que no estoy encargado de examinar las conciencias de los demás, quienes a lo mejor no

cuentan con las luces con que yo cuento. Personalmente conozco muy bien que no doy la medida cristiana completa y que me quedo rezagado respecto a aquello que de mí exigen las gracias recibidas. Que otros no realicen la perfección del cristianismo, se explica, puesto que han recibido menos que yo. ¿Pero yo...? Yo no tengo derecho a escudarme con la socorrida excusa: «Después de todo soy un pecador como los demás; los otros son como yo, y yo soy como ellos.» — ¡Alto ahí! ¿Es posible impedir que la masa deje de ser jamás la masa? ¿No soy yo precisamente grano escogido? En la distribución de talentos, ¿no he recibido más que muchos? ¿Qué he hecho de ese capital? Entregar la misma cantidad que quien recibió poco, no es de ley. Se pedirá mucho a aquel que haya sido agraciado con una cantidad inicial más pingüe.

Proporcional a la medida en que merezco la condenación lanzada sobre mí, es la *injuria que inflijo a Jesucristo*. Aparento gritar al mundo que Jesucristo no tiene poder, a pesar de haberse mostrado dispuesto a convertir las piedras en hijos de Abraham. Aparento gritar al mundo que el cristianismo es una religión modesta, sin importancia ni exigencias, y susceptible de ser vivida sin grandes dispendios. Aparento decir: «¡Ea! miradme a mí; aquí tenéis a Jesucristo.»

¿Aquí tenéis a Jesucristo? ¡Muchas gracias!

«Oh Jesús, haced que mi vida *no represente una injuria a vuestra Persona*. Poned mi ideal cristiano al nivel de las exigencias de vuestro Cristianismo, al nivel de lo que de mí esperan cuantos me rodean.»